

## TEMA 6 [G]

### LA SEXUALIDAD COMO DONACIÓN

Adolfo Chércoles Medina SJ

#### A. Visión de Freud:

**[G] 3º. La felicidad como resultado de un paso dialéctico y síntesis personal (la sexualidad como donación, no como consumo):**

**[a]- Los instintos coartados en su fin pueden crear lazos duraderos (ternura) [39-41]**

*‘Tendencias coartadas en su fin’: su origen y alcance.*

Para entender qué significa que una tendencia está coartada en su fin’, veamos lo que dice sobre el tema en **Psicología de las masas y análisis del yo** (1920-1) (la cita es larga, pero merece la pena): *Hemos hablado con frecuencia en el curso del presente trabajo, de instintos sexuales directos y de instintos sexuales coartados en su fin,*

*El primero y más acabado ejemplo de instintos sexuales coartados en su fin nos ha sido ofrecido por la evolución de la libido en el niño. Todos los sentimientos que el niño experimenta por sus padres y guardadores, perduran sin limitación alguna, en los deseos que exteriorizan sus tendencias sexuales. El niño exige de estas personas amadas, todas las ternuras que le son conocidas; quiere besarlas, tocarlas y contemplarlas; abriga la curiosidad de ver sus órganos genitales y asistir a la realización de sus más íntimas funciones; promete casarse con su madre o con su niñera, cualquiera que sea la idea que se forme del matrimonio; se propone tener un hijo de su padre, etc. Tanto la observación directa como el examen analítico ulterior de los restos infantiles no dejan lugar a dudas sobre la coexistencia de sentimientos tiernos y celosos e intenciones sexuales y nos muestran hasta qué punto hace el niño, de la persona amada, el objeto de todas sus tendencias sexuales, aún mal centradas.*

*Esta primera forma que el amor reviste en el niño y que se relaciona íntimamente con el complejo de Edipo, sucumbe, como ya sabemos, al iniciarse el período de latencia, bajo el imperio de la represión, no quedando de ella sino un enlace afectivo, puramente tierno, a las mismas personas, enlace que ya no puede ser calificado de «sexual» [¿genital?, sería más exacto?]. El psicoanálisis, que ilumina las profundidades de la vida anímica, demuestra sin dificultad, que también los enlaces sexuales de los primeros años infantiles continúan subsistiendo, aunque reprimidos e inconscientes, y nos autoriza a afirmar que todo sentimiento tierno, constituye la sucesión de un enlace plenamente «sensual» a la persona correspondiente o su representación simbólica (imago)...*

*Podemos afirmar con todo derecho, que tales tendencias han sido desviadas de dichos fines sexuales [¿genitales?], aunque resulte difícil describir esta desviación del fin conforme a las exigencias de la metapsicología. De todos modos, estos instintos coartados en su fin conservan aún algunos de sus fines sexuales primitivos. El hombre afectivo, el amigo y el admirador buscan también la proximidad corporal y la vista de la persona amada, pero con un amor de sentido «pauliniano». Podemos ver en esta desviación del fin un principio de «sublimación» de los instintos sexuales, o también alejar aún más los límites de estos últimos. Los instintos sexuales coartados presentan una gran ventaja funcional sobre los no coartados. No siendo susceptibles de una satisfacción total resultan particularmente apropiados para crear enlaces duraderos, mientras que los instintos*

*sexuales directos pierden, después de cada satisfacción, una gran parte de su energía, y en el intervalo entre esta debilitación y su renacimiento por una nueva acumulación de libido, puede ser el objeto reemplazado por otro. Los instintos coartados pueden mezclarse en cualquier medida con los no coartados y retornar a éstos después de haber surgido de ellos. Sabido es con cuánta facilidad las relaciones afectivas de carácter amistoso fundadas en el reconocimiento y la admiración -así las que se establecen entre el maestro y las discípulas o entre el artista y sus admiradoras- se transforman, sobre todo en la mujer, en deseos eróticos (recuérdese el «Embrassez moi pour l'amour du grec» de Molière)... Por otro lado, la transformación de tendencias sexuales directas, efímeras de por sí, en lazos duraderos simplemente tiernos, es un hecho corriente, y la consolidación de los matrimonios contraídos bajo los auspicios de un apasionado amor reposa casi por completo en esta transformación.<sup>1</sup>*

Intentemos recoger todo lo que sugiere la cita. Por lo pronto alude a la distinción entre ‘instintos sexuales directos’ y ‘coartados en su fin’. En una cita anterior (**Tema cuarto**) ya nos describió uno y otro: los ‘directos’ se expresan a través de la genitalidad y ‘están llamados a extinguirse en la satisfacción’. Los segundos son los que ahora desarrolla más, e intenta explicar la génesis de dicha ‘coacción’. En realidad los instintos infantiles que van a ser coartados no parece que tengan otra salida, pues en la infancia aún no hay organización alguna y cada instinto ‘va a lo suyo’, podríamos decir.

Pero el despliegue de los instintos sexuales en el niño tiene su importancia, según **Freud**: toda la ‘ternura’ que el niño exige tanto de sus padres como de sus cuidadores, ligada a su curiosidad y reacciones que claramente son, además de ‘tiernas’, ‘celosas’, convierten a la persona amada “objeto de sus tendencias sexuales, aún mal centradas” y están llamadas a ser ‘coartadas’.

En efecto, estas primeras experiencias, que **Freud** no duda en denominar “primera forma de amar”, están íntimamente ligadas con el “complejo de Edipo” que como ya vimos va a sucumbir por medio de la represión en el “periodo de latencia”. Pero esta ‘supresión’ va a dejar su huella: “quedando... un enlace afectivo, puramente tierno”. Ahora bien, esta ‘ternura’ afirma que “ya no puede ser calificado de ‘sexual’”, aunque el psicoanálisis “demuestra sin dificultad” que dicho sentimiento tierno procede “de un enlace plenamente sensual”. [39-41]

### **[b]- Estabilidad del matrimonio gracias a los instintos coartados en su fin [42-43]**

Como hemos visto en una cita anterior, se da el paso de los directos a los coartados: “*la transformación de tendencias sexuales directas, efímeras de por sí, en lazos duraderos simplemente tiernos, es un hecho corriente, y la consolidación de los matrimonios contraídos bajo los auspicios de un apasionado amor reposa casi por completo en esta transformación*”. La observación vuelve a redundar en la misma idea: las ‘tendencias sexuales directas’ que parecen equivaler a ‘un apasionado amor’, son ‘efímeras’, mientras la ‘ternura’ sí crea ‘lazos duraderos’, haciendo posible la ‘consolidación’ de un matrimonio.

<sup>1</sup> **Psicología de las masas y análisis del yo** (1920-1) pp 2605-6

Tenemos, pues, dos fuentes de ‘ternura’: la que queda de la supresión del complejo de Edipo en forma de ‘instinto coartado en su fin’, de gran utilidad en adelante en nuestra vida. Ahora, sin embargo, constata esta sorprendente ‘transformación de tendencias sexuales directas’, que de suyo están llamadas a ‘extinguirse en la satisfacción’ porque son ‘efímeras de por sí’, en coartadas. Más aún, esto lo considera ‘un hecho corriente’ constatable en ‘la consolidación de los matrimonios contraídos bajo los auspicios de un apasionado amor’. Según esto, la ‘ternura’ es el logro no sólo de tendencias sexuales ‘perversas’ de nuestra infancia, sino de ‘tendencias sexuales directas’ ‘apasionadas’, pero que culminan en una estabilidad que va más lejos que lo que meramente se consume.

Pero hay otra posibilidad de instintos coartados en su fin que formula dos años después en **Psicoanálisis y teoría de la libido** (1922): *Tendencias sexuales de fin inhibido*. -Los instintos sociales pertenecen a una clase de impulsos instintivos que no requieren forzosamente el calificativo de sublimados, aunque están próximos a los de este orden. No han abandonado sus fines directamente sexuales, pero se ven impedidos de alcanzarlos por resistencias internas; se contentan con ciertas aproximaciones a la satisfacción y establecen, precisamente por ello, vínculos singularmente firmes y duraderos entre los hombres. A esta clase pertenecen en especial las relaciones cariñosas, plenamente sexuales en su origen, entre padres e hijos, los sentimientos de amistad y el cariño conyugal, nacido de la inclinación sexual.<sup>2</sup>

Es interesante esta distinción entre ‘instintos sociales’ (‘de fin inhibido’) y los ‘sublimados’. En los sublimados la dimensión sexual ha desaparecido, mientras en los de ‘fin inhibido’ no han desaparecido totalmente sus ‘fines directamente sexuales’, sino que ‘se ven impedidos de alcanzarlos por resistencias internas’. Este hecho hace que puedan crear ‘vínculos singularmente firmes y duraderos entre los hombres’ y alude expresamente a las ‘relaciones cariñosas’ entre padres e hijos, en la amistad y el cariño conyugal. La misma energía que ‘libre’ puede desestabilizar, ‘inhibida’ da estabilidad y firmeza. Sin duda aquí nos movemos en el campo de la constatación que a mi parecer es donde la honestidad de **Freud** aparece de forma más evidente. [42-43]

### **[c]- La meta de la sexualidad humana: síntesis psico-sexual** [26] (Ya visto) [37-38]

Y es que al parecer la meta del proceso de nuestro instinto sexual es una síntesis psico-sexual. Veamos lo que dice a propósito de la “impotencia psíquica” en su trabajo **Sobre una degradación general de la vida erótica** (1912): *el fundamento de la enfermedad es de nuevo, como muy probablemente en todas las perturbaciones neuróticas, una inhibición del proceso evolutivo que conduce a la libido hasta su estructura definitiva y normal. En el caso que nos ocupa no han llegado a fundirse las dos corrientes cuya influencia asegura una conducta erótica plenamente normal: la corriente «cariñosa» y la corriente «sensual».*

*De estas dos corrientes es la cariñosa la más antigua. Procede de los más tempranos años infantiles, se ha constituido tomando como base los intereses del instinto de conservación y se orienta hacia los familiares y los guardadores del niño.*

*El hombre abandonará a su padre y a su madre -según el precepto bíblico- para*

<sup>2</sup> **Psicoanálisis y teoría de la libido** (1922) p 2676

*seguir a su esposa, fundiéndose entonces el cariño y la sensualidad.*<sup>3</sup>

“Fundándose entonces el cariño y la sensualidad”: sólo esto “asegura una conducta erótica plenamente normal”. Esto es una meta, que de no darse, imposibilita la relación amorosa (‘matrimonio’ por ejemplo).

Pero esta ‘normalidad’ parece apuntar a lo que llamaríamos ‘fidelidad’, hoy tan cuestionada. Veamos cómo se llega a la ‘elección de objeto’ llamada a superar el infantil ‘autoerotismo’ en **Psicoanálisis** (1909). En realidad ya hemos recogido transformaciones que han debido ocurrir en los componentes ‘inservibles’ y que van a posibilitar que la nueva estructuración sea estable: *La elección de objeto anula el autoerotismo, haciendo que en la vida erótica no quieran ser satisfechos sino en la persona amada todos los componentes del instinto sexual. Mas no todos los componentes instintivos originales son admitidos en esta definitiva fijación de la vida sexual. Ya antes de la pubertad han sido sometidos determinados instintos, bajo la influencia de la educación, a represiones extraordinariamente enérgicas y han aparecido potencias anímicas tales como el pudor, la repugnancia y la moral, que mantienen, como vigilantes guardianes, dichas represiones. Cuando luego, en la época de la pubertad, llega la marea alta de la necesidad sexual, encuentra en las citadas reacciones o resistencias diques que le marcan su entrada en los caminos, llamados normales, y la hacen imposible vivificar de nuevo los instintos sometidos a la represión.*<sup>4</sup>

Por un lado denomina esta situación como “fijación de la vida sexual”, lo cual sugiere estabilidad. Pero es que ‘la elección de objeto’ supone ya un avance necesario: la anulación del ‘autoerotismo’, de tal forma que “todos los componentes del instinto sexual”, “no quieran ser satisfechos sino en la persona amada”. Esto apunta a un tipo de fidelidad. Más aún, este logro tiene unos ‘guardianes vigilantes’ a los que denomina “potencias anímicas” (“el pudor, la repugnancia y la moral”) que hacen de “diques que le marcan su entrada en los caminos, llamados normales”.

Es importante la denominación de ‘guardianes vigilantes’ a estos ‘diques’. ¿Esto quiere decir que de no producirse esta transformación, la evolución ‘normal’ de esa pluralidad de instintos al comienzo de nuestra vida no sería posible?

Pero esta cita termina con una frase que puede crear ciertos interrogantes: estos ‘diques’ posibilitan la ‘entrada en los caminos, llamados normales.’ ¿Es que no tendrían por qué serlos? Esta formulación puede sugerir cierto relativismo, como si diese la razón a esa convicción actual de que no existiría la normalidad en nada, sino que lo que manda son los hechos, los resultados. Habrá que confirmar con otras aportaciones la ‘normalidad’ a la que ha remitido sin la menor reticencia en otras ocasiones y no ponerla en entredicho por una frase que puede sugerir cierto matiz relativista. [37-38]

### **[d]- Es el “yo” el que ama, no “el instinto sexual” [38]**

Y una primera confirmación de que todo lo que ha dicho sobre una posible ‘normalidad’ de la sexualidad la encontramos en **Los instintos y sus destinos** 1915 (seis

<sup>3</sup> **Sobre una degradación general de la vida erótica** (1912) p 1710-1

<sup>4</sup> **Psicoanálisis (1909)** pp 1556-7

años después de **Psicoanálisis**): *Así, pues, la palabra «amar» se inscribe cada vez más en la esfera de la pura relación de placer del yo con el objeto y se fija, por último, a los objetos estrictamente sexuales y a aquellos otros que satisfacen las necesidades de los instintos sexuales sublimados. La separación entre instintos del yo e instintos sexuales que hemos impuesto a nuestra psicología demuestra así hallarse en armonía con el espíritu de nuestro idioma. El hecho de que no acostumbramos decir que un instinto sexual ama a su objeto y veamos el más adecuado empleo de la palabra «amar» en la relación del yo con un objeto sexual, nos enseña que su empleo en tal relación comienza únicamente con la síntesis de todos los instintos parciales de la sexualidad, bajo la primacía de los genitales y al servicio de la reproducción.*<sup>5</sup>

La cita es importante, pues remite al lenguaje que es el testigo más fiel y universal de la experiencia humana. Resulta que el sujeto del amor no es el ‘instinto sexual’ sino el “yo”, que no es otra cosa que la síntesis de todos los componentes de la realidad humana que en un principio aparecen dispersos y que cada sujeto ha de llevar a cabo, no estando asegurado dicho logro. El argumento es convincente: si soy “yo” el que ama y no mi “instinto sexual”, y, sin embargo, mi ‘instinto’ no es ajeno a mi experiencia de amor, es que el proceso que estamos intentando describir apunta a una síntesis tan profunda que no tolera ‘dualidad’: mi yo no es mi instinto sexual, pero sí es sexuado... [38]

## **B. Experiencias-vivencias de amor:**

### **[G] 3°. La felicidad como resultado de un paso dialéctico y síntesis personal (la sexualidad como donación, no como consumo):**

Para situar este apartado habría que hacerlo recordando las confrontaciones que hicimos en [D] [a]: el proceso de la sexualidad humana consiste en pasar del principio del placer al principio de realidad (del autoerotismo al amor) [Tema tercero], y en [2]: ¿Tiene un sentido la sexualidad (está llamada a trascenderse) o se agota en sí misma (está llamada a disfrutarse)? [Introducción].

### **[G] 3°. La felicidad como resultado de un paso dialéctico y síntesis personal (la sexualidad como donación, no como consumo):**

#### **[a]- Los instintos coartados en su fin pueden crear lazos duraderos (ternura) [39-40]**

Los ‘instintos coartados en su fin’ no son estrictamente sublimaciones: la sublimación consistía en que el instinto se orienta sobre un fin diferente y muy alejado de la satisfacción sexual. Aquí es distinto: no podemos decir que están estrictamente desexualizados, sino que no se explicitan genitualmente. Pues bien, la observación de Freud es que éstos pueden ‘crear lazos duraderos’, mientras los que pueden satisfacerse se extinguen ‘en la satisfacción’. Y aquí surge el término ternura. Creo que todos podemos saber que la ternura no se consume, sino que dinamiza: no me ‘harta’, sino ‘me llena’ (que no es lo mismo).

Y empecemos nuestra confrontación con San Agustín:

---

<sup>5</sup> **Los instintos y sus destinos** (1915) p 2050

*-¿Y qué me gustaba, sino amar y ser amado? Pero no me contentaba con relaciones de alma a alma, sin separarme del camino luminoso de la amistad. De la fangosa concupiscencia de mi carne, del hervor de mi pubertad se exhalaban vapores, que velaban con una nube y ofuscaban mi corazón. Ya no sabía distinguir el suave brillo de la ternura de las negruras de la sensualidad. Una y otra fermentaban en mí confundidas, y mi imbécil juventud, arrastrada a través de los precipicios, se abismaba en la sima del vicio.*<sup>6</sup>

Si somos capaces de ir más allá de la ampulosidad del lenguaje, captaremos algo evidente: su alusión a la ‘ternura’ y a la ‘amistad’, clarifican lo que quiere expresar: el ‘camino luminoso de la amistad’ contrapuesto a una ‘nube’ que ‘ofusca’; el ‘suave brillo de la ternura’ frente a ‘las negruras de la sensualidad’. ¿No es la contraposición entre lo que nos mueve sin dejar de ser libres (personas) y lo que nos domina y ciega (soy puro impulso)?

Es interesante en este contexto la observación de **Marcel Proust**, otro gran conocedor del ser humano. Ante el cambio de actitud de su amigo Saint-Loup:

*-Lloré al pensar que tuve en otro tiempo un afecto tan grande por un Saint-Loup distinto, que lo sentía perfectamente por sus modales fríos y evasivos, que ya no devolvía, puesto que los hombres en cuanto se habían hecho susceptibles de inspirarle deseos, no podían inspirarle amistad.*<sup>7</sup>

La atracción sexual en cuanto tal (genital: en este caso homosexual), por sí sola, convierte en ‘objeto’ lo que ‘desea’, imposibilitando la relación personal de amistad en cuanto tal. Es decir, convierte en algo perturbador, lo que está llamado a vivirse como una reciprocidad en libertad.

Pero no nos desviemos de lo queremos tratar. En realidad en estas citas aludimos a una ternura y amistad consideradas en sí mismas. Sin embargo lo que en este apartado se nos plantea es la posibilidad de una ‘praxis sexual’, es decir, a través de la genitalidad, que no convierta en objeto lo que ‘desea’. Y esto, parece ser que no es posible más que a través de la ternura.

Y antes de traer textos en los que más explícitamente se aborda el problema que nos ocupa, voy a citar una salida de **Sancho**, cargada de experiencia popular:

*--dijo Sancho--... Denme a mí que Quiteria quiera de buen corazón y de buena voluntad a Basilio, que yo le daré a él un saco de buena ventura: que el amor, según yo he oído decir, mira con unos antojos, que hacen parecer oro al cobre, a la pobreza riqueza, y a las lagañas perlas.*<sup>8</sup>

Es el ‘buen corazón’ y la ‘buena voluntad’ los que van a convertir en ‘un saco de buena ventura’, lo que, de otra manera (¿la mera atracción?) se hubiese ‘extinguido en la satisfacción’. Y es que lo que aquí nos estamos preguntando es si es posible ‘crear lazos duraderos’ en una experiencia que parecería estar llamada a extinguirse como todo aquello que podemos alcanzar ‘disfrutándolo’ (consumiéndolo).

Lo que más nos desconcierta es, que la experiencia más fuerte y expresiva que puede tener

<sup>6</sup> **San Agustín, Confesiones**, libro II, capítulo 2

<sup>7</sup> **Marcel Proust, En busca del tiempo perdido (sexta parte: Albertina ha desaparecido)**, Ed. Rueda, Buenos Aires, p 292

<sup>8</sup> **Cervantes, Don Quijote de la Mancha**, II parte, capítulo 19

el ser humano en cuanto ser corpóreo, sea algo tan amenazado en el sentido de ‘efímero’. ¿Qué tiene que darse para que algo que tanto promete, no defraude? Veamos la reflexión de **Benedicto XVI** en su encíclica *Deus caritas est*:

*-El desarrollo del amor hacia sus más altas cotas y su más íntima pureza conlleva el que ahora aspire a lo definitivo, y esto en un doble sentido: en cuanto implica exclusividad –sólo esta persona-, y en el sentido del “para siempre”. El amor engloba la existencia entera y en todas sus dimensiones, incluido también el tiempo. No podía ser de otra manera, puesto que su promesa apunta a lo definitivo: el amor tiende a la eternidad. Ciertamente, el amor es “éxtasis”, pero no en el sentido de arrebató momentáneo, sino como camino permanente, como un salir del yo cerrado en sí mismo hacia su liberación en la entrega de sí y, precisamente de este modo, hacia el reencuentro consigo mismo, más aún hacia el descubrimiento de Dios: “El que pretenda guardarse su vida, la perderá; y el que la pierda, la recobrará” (Lc 17, 33) (Cfr. también Mt 10, 39; 16, 25; Mc 8, 35; Lc 9, 24; Jn 12, 25). Con estas palabras, Jesús describe su propio itinerario... Describe también, partiendo de su sacrificio personal y del amor que en éste llega a su plenitud, la esencia del amor y de la existencia humana en general.<sup>9</sup>*

¿Podemos eliminar del concepto de amor esa aspiración a ‘lo definitivo’ en cuanto ‘exclusividad’ y en el sentido del ‘para siempre’? ¿Ridiculizamos o, más bien envidiamos la pareja que ha alcanzado esa estabilidad? Siempre es noticia positiva el logro de una pareja ‘famosa’ que ha permanecido gozosamente fiel. En efecto, el amor tiende a la fidelidad, o lo que es lo mismo, la permanencia, porque, en su entrega, lo que se arriesga es la persona como totalidad, y con la persona no se juega...

Pero veamos cómo el papa nos adentra en la profundización de esta experiencia, no ya desde la perspectiva creyente, sino partiendo de su dimensión antropológica:

*-... ha surgido la cuestión de si el mensaje sobre el amor que nos han transmitido la Biblia y la Tradición de la Iglesia tiene algo que ver con la común experiencia humana del amor, o más bien se opone a ella. A este propósito, nos hemos encontrado con las dos palabras fundamentales: eros como término para el amor “mundano” y ágape como denominación del amor fundado en la fe y plasmado por ella. Con frecuencia, ambas se contraponen, una como amor “ascendente”, y como amor “descendente” la otra. Hay otras clasificaciones afines, como por ejemplo, la distinción entre el amor posesivo y amor oblativo (amor concupiscentiae – amor benevolentiae), al que a veces se añade también el amor que tiende al propio provecho.<sup>10</sup>*

La contraposición entre *eros* y *agapé* es tópica, pero ¿por qué han de contraponerse? En efecto, ‘posesión’ y ‘oblación’ ¿son incompatibles? Otra cosa, quizá, sea el último tipo de amor al que alude: el que ‘tiende al propio provecho’. Éste parece caer fuera de nuestra búsqueda.

Ya en [F] [c], a propósito de no ir más allá de las propias posibilidades, aportamos una cita que volveremos a traer, pues en ella se subrayaba algo clave en el epígrafe que nos ocupa: que *eros* y *agapé* nunca llegan a separarse. Leamos de nuevo la cita pues lo aquí pretendemos es confrontar experiencias, y al cambiar la perspectiva, la misma cita sugiere aspectos diferentes:

*–En realidad, eros y agapé –amor ascendente y amor descendente- nunca llegan a separarse completamente... Si bien el eros inicialmente es sobre todo vehemente, ascendente –fascinación por la gran promesa de felicidad-, al aproximarse la persona al otro se planteará cada vez*

<sup>9</sup> **Benedicto XVI, Deus caritas est** n° 6.

<sup>10</sup> **Ibidem** n° 7

*menos cuestiones sobre sí misma, para buscar cada vez más la felicidad del otro, se preocupará de él, se entregará y deseará “ser para” el otro. Así, el momento del agapé se inserta en el eros inicial; de otro modo, se desvirtúa y pierde también su propia naturaleza.<sup>11</sup>*

¿Es lícita esta conexión? Parece evidente que se da, pero con tal de que nos aproximemos al problema de la única manera correcta: dinámicamente. En la medida en que paralizamos el amor, lo matamos. Más aún, el papa se atreve a decir que, de no insertarse el *agapé* en el *eros*, ‘se desvirtuaría, perdiendo su propia naturaleza’. ¿Qué sentido tiene esta frase? Después de todo lo dicho, el *agapé* no puede ser una ‘espiritualización’ del *eros* sino su culminación. La fuerza y totalización que supone el *eros* (donde cuerpo y espíritu se implican), tiene que permanecer para que el descentramiento [*se entregará y deseará ‘ser para’ el otro*] que supone el *agapé* merezca tal nombre.

Pero, quizá, la mejor explicación de lo que estamos intentado descifrar nos la proporcione **Julián Marías**, en el capítulo XXIII de su obra *Antropología metafísica*, y que titula *Amor y enamoramiento*. La cita vamos a ir aportándola poco a poco, para poder comentar matices importantes:

*-El enamoramiento consiste en que la persona de la cual estoy enamorado se convierte en mi proyecto. No es simplemente que ciertos actos míos se refieran a ella, ni siquiera cuando esos actos sean “amorosos”; yo puedo “amar” a una persona de la cual no estoy enamorado; esa persona será el objeto de mis actos, causa y destinatario de ciertos sentimientos; podríamos decir que esa persona ocupa un puesto relevante en mi circunstancia, puede ser una porción irrenunciable de ella. Otra cosa es que al mirarme a mí mismo, es decir, al proyecto vital en que consisto, me descubra inexorablemente envuelto en esa otra persona; no es simplemente que me proyecte hacia ella, sino que me proyecto con ella, que al proyectarme me encuentro con ella como inseparable de mí. Sin ella, propiamente, no soy yo. Lo cual quiere decir, literalmente, que soy otro que el que antes –antes de enamorarme– era. El enamoramiento consiste, pues, en un cambio de mi realidad, lo que podríamos llamar una variación ontológica.<sup>12</sup>*

Esta experiencia del ‘enamoramiento’ llega a definirla como una ‘variación ontológica’, pero no está todo dicho todavía, porque como sigue, dicho enamoramiento es un ‘proceso’:

*-Todas las formas del enamoramiento, aun en su sentido más trivial, incluyen una concentración de la atención sobre la persona amada; el enamorado, mejor dicho, el que se está enamorando, no piensa más que en la persona amada, todo se la recuerda, se refiere a ella a propósito de todo, llega hasta la obsesión; de ahí el carácter restrictivo, el “angostamiento” mental que el proceso de enamoramiento lleva consigo –y que Ortega analizó perspicazmente-. Pero una cosa es la obsesión psicológica, otra la transformación real de la persona. Por eso cabe el error en cuanto al enamoramiento. El que piensa día y noche en una mujer, la tropieza en todas las esquinas de su mente, la asocia con todos los objetos de su imaginación, se vuelve a ella con todos sus sentidos, piensa que está enamorado de ella. Quizá; pero acaso no. Los síntomas son muy parecidos, la realidad difiere profundamente. Cuando pasa el período de enamoramiento, diríamos mejor, para ser más claros, de “enamoración”, en un caso se disipa esa obsesión, se ensancha esa angostura, se piensa en otras muchas cosas, se vuelve a la normalidad; en el otro caso, se encuentra uno enamorado, terminado ya y concluso ya ese proceso psíquico por el cual se llega a esa radical instalación; ya es otro; ya no está nunca solo; ya se proyecta misteriosamente con esa otra persona... Esta instalación consistente en estar enamorado es relativamente independiente de toda la vida psíquica, y afecta en cambio a la vida*

<sup>11</sup> **Ibidem**, nº 7

<sup>12</sup> **Julián Marías, Antropología metafísica**, Alianza editorial, Madrid 1983, p 165



*estrictamente biográfica y personal. (Cfr. palabras de Segismundo en La vida es sueño al despertarse en la prisión: Sólo a una mujer amaba. Que fue verdad veo yo en que todo se acabó y esto solo no se acaba).*

*Segismundo... una vez perdida toda su circunstancia anterior, incluso Rosaura, de cuya realidad no tiene ninguna certeza, está enamorado; lo único que no se acaba, lo único que ha quedado, es el amor; ni siquiera la amada ha permanecido, ni aun la creencia en que existiera; Segismundo va a hallarse de nuevo en la vieja circunstancia de su cautiverio; únicamente, es otro: el enamorado de Rosaura.<sup>13</sup>*

Es decir, hay que distinguir entre la obsesión psicológica del comienzo y la transformación real de la persona, que es la culminación del proceso. Hay peligro de confundir las dos etapas. Por eso Julián Marías opta por llamar al comienzo “enamoración”. Sólo, podemos decir que se encuentra uno enamorado, cuando se llega a una radical instalación, afectando, no precisamente a la ‘vida psíquica’, sino a la vida ‘biográfica y personal’: es otro.

Pero a continuación, **Julián Marías** va a preguntarse algo clave en el amor: “para qué necesito a una persona”:

*—Ahora podemos contestar a la pregunta formulada al estudiar la condición amorosa: para qué necesito a una persona. Decía que a esa pregunta, a diferencia de lo que me sucede con las necesidades de cosas, sólo puedo responder con una historia, con una parte de mi biografía o con su totalidad; vimos que el hombre necesita a la mujer para ser hombre, y viceversa, ya que cada sexo se proyecta hacia el otro. Pues bien, yo necesito a una mujer individual, aquella de la cual estoy enamorado, para ser yo en cuanto varón. En este sentido, sólo en éste, la encuentro en mi proyecto, en aquel que me constituye, y no en mi circunstancia. Mi proyecto la incluye. Al amarla soy verdaderamente quien soy, en mi plena autenticidad, y siento que “antes” no era verdaderamente quien tenía que ser..*

*Esto explica también la impresión y la pretensión de “eternidad” del amor; el enamorado, a quien le parece estarlo “desde siempre”, piensa que va a estarlo “para siempre”, aunque la experiencia muestra que con frecuencia no es así. La razón es que ama él mismo, desde su mismidad personal; la amada no es un fragmento de la circunstancia, en principio pasajero y cambiante, sino que el enamorado no se concibe a sí mismo sin ella, por tanto, nunca; tal imaginación le parece convertirlo literalmente en otro, y resulta inaceptable. Si yo estoy constituido por el amor de una mujer, me parece contradictorio no amarla; el enamorado es el que ama a tal mujer. Éste es el sentido profundo de la famosa exclamación de Calixto en La Celestina: “Melibeo soy”.<sup>14</sup>*

‘El hombre necesita a la mujer *para ser hombre*’ porque ‘cada sexo se proyecta hacia el otro sexo’. Pero, “necesito una mujer individual... para ser yo en cuanto valor”: “*Mi proyecto la incluye*”. Mejor no puede formularse, para culminar el poeta con la frase de Calixto: “Melibeo soy”.

Y sigue matizando. Si el enamoramiento no es algo meramente psicológico, hay que puntualizar muchas de las teorías que pueden surgir en torno a una experiencia tan honda. En concreto, **Julián Marías** va a desenmascarar la pretensión de convertirlo en ‘identidad’, ‘fusión’ o ‘posesión’:

*—Creo que esta evidencia, mal interpretada, desde unos conceptos inadecuados, ha llevado a las teorías dominantes acerca del amor como pretensión de “identidad”, “fusión” o “posesión” mutua de los amantes. Son conceptos que a última hora se refieren a “cosas”, que están pensados desde la realidad de ellas, no de las personas como tales. Empezando porque **la persona no es idéntica, sino que es la misma**, pero nunca lo mismo; y no tiene*

<sup>13</sup> **Ibidem**, pp 165-6

<sup>14</sup> **Ibidem**, pp 166-7

*sentido la fusión más que cuando se trata de realidades hechas que están ahí. Los enamorados no quieren nunca disolver su personalidad en la del otro, o absorberla en la propia, sino al contrario: para el que está enamorado es delicia suprema la persona amada como tal, en ella se complace, en su realidad irreductible, en su presencia y su figura, como sabía muy bien san Juan de la Cruz, únicas que curan la dolencia del amor. Presencia y figura son lo contrario de absorción o fusión. Lo que sucede es que el enamorado lleva en sí y consigo a la amada, precisamente en cuanto otra; por eso está en-amorado. Siente que lo más suyo, su última realidad íntima, se le escapa hacia la de otra persona sin la cual no es, sin la cual ha cesado de ser inteligible, que es su vocación más auténtica, con la cual se proyecta hacia el futuro.*

*Por esto, el amor auténtico se presenta como irrenunciable, y en esta medida es felicidad. Quiero decir que el enamorado, aun el más desgraciado, da su amor por bien empleado, no aceptaría que no existiera, no querría la calma, tranquilidad y alegría que podría tener sin él. Prefiere su amor, con todas sus consecuencias, por enojosas o dolorosas que sean, a su inexistencia; le dice incondicionalmente “sí”, porque otra cosa sería decirse “no” a sí mismo...*

*... Ante la “amenaza” del amor, el hombre y la mujer sienten fascinación y miedo a un tiempo, tienden probablemente a escapar, porque presienten que si caen, si el enamoramiento se consume y cumple, no podrán escapar ya, serán cada uno “otro” que el que era. Gran parte de lo que se llama “amor” –desde el llamado “amor físico” hasta el afecto, el cariño, el apego, etc.-, son recursos para evitar el amor en sentido riguroso, el enamoramiento.<sup>15</sup>*

Creo que sobra todo comentario. Pero destaquemos las notas del amor que aquí se describen: no nos hace ‘idénticos’, sino que somos los mismos; no es ‘fusión’ o ‘posesión’, sino que se complace con su presencia y su figura; y por último es irrenunciable, porque le dice incondicionalmente ‘sí’, porque otra cosa sería decirse ‘no’ a sí mismo. En una palabra nos convertimos en otra persona. De ahí la fascinación y miedo que puede provocar.<sup>16</sup>

En efecto, los dos últimos párrafos de la cita chocan frontalmente con la mentalidad actual. Un amor tal lo consideramos hoy día como hipotecar nuestra vida. Julián Marías es consciente de este rechazo y alude a posibles sustitutos de este ‘riguroso enamoramiento’: ‘amor físico’, ‘afecto’, ‘cariño’. El primer sustituto ya aludimos a él en el epígrafe [E] [f]: ‘está llamado a extinguirse en la satisfacción’ [Tema cuatro]. Los otros dos, sin embargo, crean ciertamente lazos personales positivos, pero pueden carecer perfectamente del alcance del ‘enamoramiento’ que ha descrito sin dejar de ser lo que entendemos por afecto y cariño. Su positividad tendrá toda la gratificación y fuerza que queramos, pero no nos convierten en otra persona.

Quizá la cita siguiente pueda describir hasta qué punto son meros sustitutos, pero no crean los lazos que en otros tiempos creaban. En efecto, **Lipovetsky**, en *El crepúsculo del deber*, comenta lo siguiente a propósito de la familia:

*-Lejos de ser un fin en sí, la familia se ha convertido en una prótesis individualista en la que los derechos y los deseos subjetivos prevalecen sobre las obligaciones categóricas. Durante mucho tiempo los valores de autonomía individual han estado sujetos al orden de la institución familiar. Esa época ya ha pasado [...]. Los padres reconocen ciertos deberes*

<sup>15</sup> **Ibidem**, pp 167-8

<sup>16</sup> En el último epígrafe de este apartado [G] [d], traeremos otra cita del mismo autor que nos desvelará el porqué de esta ‘totalidad’ que supone la experiencia de ‘estar enamorado’ auténticamente.

*hacia sus hijos: pero no hasta el punto de permanecer unidos toda la vida y sacrificar su existencia personal. La familia posmoralista es pues una familia que se construye y reconstruye libremente, durante el tiempo que se quiera y como se quiera. Ya no se respeta la familia en sí, sino la familia como instrumento de realización de las personas, la institución "obligatoria" se ha metamorfoseado en institución emocional y flexible...*<sup>17</sup>

Lo que Lipovetsky ve como una realidad meramente 'institucional', Julián Marías lo considera como la consecuencia de una transformación personal en el sentido más estricto del término [en cuanto que el hecho de considerarse individuo no quiere decir sin más que se sienta persona, o mejor dicho, que viva y se comporte como persona]. La visión de Lipovetsky es consecuencia lógica de una 'autonomía individual', incapaz de entender lo que más arriba nos describía Julián Marías: "yo necesito a una mujer individual, aquella de la cual estoy enamorado, para ser yo en cuanto varón." Esto quiere decir que entra a formar parte de "mi proyecto", no de "mi circunstancia". Es decir, que "mi proyecto la incluye. Al amarla soy verdaderamente quien soy, en mi plena autenticidad, y siento que 'antes' no era verdaderamente quien tenía que ser"...

Pero esta 'autonomía individual' del hombre de hoy, **Lipovetsky** la define, asumiendo una terminología de Chr. Lasch como 'el perfil de Narciso':

*-... según Chr. Lasch, los individuos aspiran cada vez más a un desapego emocional, en razón de los riesgos de inestabilidad que sufren en la actualidad las relaciones personales. Tener relaciones interindividuales (curiosamente no dice interpersonales) sin un compromiso profundo, no sentirse vulnerable, desarrollar la propia independencia afectiva, vivir solo, ese sería el perfil de Narciso (C.N., p 339). El miedo a la decepción, el miedo a las pasiones descontroladas traducen a nivel subjetivo lo que Chr. Lasch llama the flight from feeling -"la huida ante el sentimiento"-, proceso que se ve tanto en la protección íntima como en la separación que todas las ideologías 'progresistas' quieren realizar entre el sexo y el sentimiento. Al preconizar el cool sex y las relaciones libres, al condenar los celos y la posesividad, se trata de hecho de enfriar el sexo, de expurgarlo de cualquier tensión emocional para llegar a un estado de indiferencia, de desapego, no sólo para protegerse de las decepciones amorosas sino también para protegerse de los propios impulsos que amenazan el equilibrio interior (C.N., p 34). La liberación sexual, el feminismo, la pornografía apuntan a un mismo fin: levantar barreras contra las emociones y dejar de lado las intensidades afectivas. Fin de la cultura sentimental, fin del happy end, fin del melodrama y nacimiento de una cultura cool en la que cada cual vive en un bunker de indiferencia, a salvo de sus pasiones y de las de los otros.*<sup>18</sup>

En efecto, la 'separación' de 'sexo' y 'sentimiento', sólo puede desembocar en un 'cool sex' y llegar a la 'indiferencia' y el 'desapego', para protegerse no sólo 'de las decepciones amorosas', sino también 'de los propios impulsos'. Lo aquí descrito ha perdido toda su fuerza y grandeza, ha sido degradado aquello que estaba llamado a posibilitarme el ser persona, no meramente individuo. Es interesante la alusión en esta supuesta 'liberación' de 'los celos y la posesividad'. Cuando algo queda degradado no hay posibilidad ni de vislumbrar su alcance. La descripción del 'auténtico enamoramiento' que nos hacía Julián Marías no tenía nada que ver con celos ni posesividades: ambos riesgos, reales, son posibles cuando abordo el tema desde un individualismo narcisista, no cuando alguien busca 'su proyecto' compartido.

<sup>17</sup> **G. Lipovetsky**, *El crepúsculo del deber*, Anagrama, Barcelona 2000, p. 162

<sup>18</sup> **Gille Lipovetsky**, *La era del vacío. Ensayo sobre el individualismo contemporáneo*. Ed. Anagrama S.A., Barcelona, 2000, pp 76-7

Pero veamos otra aproximación a esta vivencia cool de nuestra sexualidad que **Lipovetsky** nos presenta en *La felicidad paradójica*:

*-... Cada vez son más los hombres y mujeres que reconocen tener dificultades para amar de un modo prolongado y se muestran escépticos ante la posibilidad de amar a la misma persona “toda la vida”. Desde este punto de vista, lo más notable no es tanto el sexo por el sexo ni el crecimiento relativo de las parejas sexuales como la multiplicación de las historias amorosas. Al final se anda menos de aventura sexual en aventura sexual que de historia amorosa en historia amorosa. Por un lado, el ideal amoroso es un cortafuegos ante el consumo-mundo; por otro, la vida sentimental tiende a alinearse con la temporalidad efímera y acelerada del hiperconsumo. No hay anulación de la dimensión afectiva, sino una vida amorosa que se está estructurando como el turboconsumismo, por el destronamiento del mito del amor eterno, la descalificación de los ideales de sacrificio, el aumento de las relaciones temporales, la inestabilidad y el zapeo de los corazones. Consumismo sentimental que podrá ser cualquier cosa menos eufórica, dado que produce sensación de vacío, decepción, resentimiento, heridas íntimas. Luego si hay un consumo hedonista, también existe una dimensión sismográfica del hiperconsumo, dominada por la repetida alternancia de felicidad y tristeza, exaltación y abatimiento.<sup>19</sup>*

En esta obra, Lipovetsky pretende analizar la realidad desde el ‘hiperconsumo’. Pero en esta descripción no sabe uno qué es primero, ‘si el huevo o la gallina’. En efecto, si la realidad o el miedo a la realidad: partir del supuesto, como hoy se parte, de que es imposible amar a una persona ‘toda la vida’, entendiendo por amor algo que tengo derecho a disfrutar y asegurar, nunca a mantener, no puede producir más allá de ‘historias amorosas’, encerradas en sí mismas como mónadas, en las que la persona no se percibe como ‘la misma’. No hay, estrictamente hablando **biografía**, sino una especie de ‘anecdotario’ que se va coleccionando. El problema está en que en este anecdotario lo único que parece se tiene en cuenta es la propia individualidad, la de la otra persona ‘¡es su problema!’.

Pero es interesante cómo el mismo **Lipovetsky** aborda el problema de si la ‘generosidad’ ha desaparecido:

*-El individualismo contemporáneo no es antinómico con la preocupación de beneficencia, lo es con el ideal de la entrega personal: se quiere ayudar a los otros pero sin comprometerse demasiado, sin dar demasiado de sí mismo. Sí a la generosidad pero a condición de que sea fácil y distante, que no esté acompañada de una renuncia mayor. Somos favorables a la idea de solidaridad si ésta no pesa demasiado directamente sobre nosotros... Hemos dejado de alabar la exigencia permanente de dedicación al prójimo “siempre y en todo momento”, decía Jankélévitch: el momento del imperativo categórico ha dado lugar a una ética mínima e intermitente de la solidaridad compatible con la primacía del ego.<sup>20</sup>*

“Ética mínima e intermitente... compatible con la primacía del ego”, es ‘entrega’, pero ‘sin comprometerse demasiado’. Pero algo ‘mínimo e intermitente’ ¿puede ‘crear lazos duraderos’? Una vez más nos encontramos con el callejón sin salida del ‘individualismo narcisista’. El aislamiento que supone todo individualismo ¿es compatible con la experiencia de una sexualidad llamada a culminar en un “Melibee soy”? Si no ponemos en juego la totalidad y sin condiciones, ¿tiene sentido esperar la ‘plenitud’?

<sup>19</sup> Gille Lipovetsky, *La felicidad paradójica*, Ed Anagrama, Barcelona 2007, pp 285-6

<sup>20</sup> G. Lipovetsky, *El crepúsculo del deber*, Anagrama, Barcelona 2000, p. 133.

Pero volvamos a **Julián Marías**:

*-La vida humana es quehacer, y no mero hacer, porque consiste siempre en que tengo que hacer algo, y en general tengo que hacerla. Se podría preguntar qué tengo cuando tengo que hacer; ante todo, un horizonte futuro, presente en la imaginación; en segundo lugar, posibilidades, que se actualizan como tales en vista de mis proyectos, y tienen por tanto una realidad imaginaria (sin ello, serían meras potencias, cuya actualización podría ser una vida biológica, pero en modo alguno mi vida biográfica; habría actividades, pero en modo alguno quehacer); pero con las posibilidades no basta, porque se quedarían en eso; hacen falta, además, deseos.*

*El deseo ha solido ser descalificado desde el punto de vista de la voluntad; visto en esa perspectiva, parece "irreal"; pero en otro contexto, ésa es su principal virtud. El deseo es mucho más amplio que la voluntad, porque, mientras no se puede querer más que lo posible, que en alguna medida depende de nosotros y que estamos dispuestos a intentar, se puede desear todo: lo posible y lo imposible, lo accesible y lo inasequible, lo que no entra en conflicto y lo inconciliable, lo presente, lo futuro y también lo pasado; lo que se quiere, lo que no se quiere y hasta lo que no se puede querer. El deseo es abarcador, envolvente; quizá "irresponsable", pero es "responsivo": la fuente de la vitalidad, el principio que nos mueve a todo, incluso a querer, cuando es con autenticidad –porque con frecuencia el hombre "quiere" cosas que no desea, que no le dan ilusión y, una vez alcanzadas, lo dejan vacío-. Gracias al deseo mana fontanalmente la vida del hombre.<sup>21</sup>*

Habría que distinguir, como lo hace San Ignacio, entre deseo y apetito. El tema del apetito lo aborda en las Reglas de ordenarse en el comer, y sería ese tipo de deseo incorporado al propio ser y que nos posibilita responder a las necesidades vitales. Éste hay que 'ordenarlo', pues de suyo tiene una función irrenunciable, pero puede, no sólo desordenarse, sino tentarnos (EE 210). Sin embargo, habla en otras ocasiones del deseo como algo capaz de dinamizarnos, posibilitando que lo que 'debemos hacer' (¿el quehacer de Julián Marías?) lo hagamos poniéndonos totalmente en juego: '*solamente deseando y eligiendo lo que más conduce para el fin para que somos criados*' (EE 23). En efecto no elegiremos eficazmente lo que no deseamos. Por último, en la 'oblación' que sugiere haga el ejercitante al 'Rey eternal' hace esta concatenación: '*que yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada...*' (EE 95), como indicando que si lo que 'quiero' no lo 'deseo' no llegará a ser realidad: '*mi determinación deliberada*'. Más aún, cuando al candidato a la Compañía de Jesús le plantea la actitud de la 'tercera manera de humildad' ante la que, lógicamente, experimenta rechazo, sugiere se le pregunte si se halla '*con deseos algunos de hallarse en ellos*' (Examen 102). Sin deseos carecemos de 'ilusión' como dice Julián Marías.

Esto supuesto, el 'apetito' está ahí (lo llevo incorporado a mi realidad) y tendré que controlarlo, el otro (el 'deseo') surge en mí, me va a impulsar a hacer mi proyecto. El primero puede desordenarme, el segundo me dinamiza. Y en la terminología de Freud diríamos: el apetito 'se extingue en la satisfacción', el deseo del que nos habla Marías 'puede crear lazos duraderos.'

Si esta descripción del 'deseo' la unimos a la experiencia de 'en-amorado' que nos describió más arriba, quizá entendamos qué está queriendo decirnos: el 'deseo' como aquí se nos pinta es el que pone en juego a toda la persona que, aplicándolo al amor auténtico, me convierte en 'otro'.

Quizá todas estas aportaciones de Julián Marías coincidan con la descripción del 'ethos del amor conyugal' que **von Hildebrand** nos hace en el capítulo que titula *El Ethos clásico de*

<sup>21</sup> **Julián Marías, Antropología metafísica**, Alianza editorial, Madrid 1983, p 191

**la pureza conyugal en su forma suprema** [extraeré párrafos sueltos]:

-... *Nadie vive y experimenta como el ser puro la profundidad, la seriedad, la unión suprema, lo maravilloso del acto conyugal. Para él, esto no es algo accesorio al matrimonio, sino que es su elemento rico de sentido y fecundo en dichas.*

*Naturalmente, presuponemos aquí un matrimonio ideal en el que los dos esposos se aman con un amor extremo, se unen en la más completa comprensión espiritual y tienen una gran compenetración de almas. Pero en cuanto la expresión suprema de la unión no es ya la adecuada... pierde gradualmente su poder de hacer feliz, hasta llegar a no ser, en fin de cuantas, más que un penoso deber en el matrimonio desgraciado.*

*Se comprenderá mejor la transfiguración de la esfera sensual... cuando precisamos el papel de la ternura. Es un punto importante, puesto que el amor conyugal... es formalmente un amor de ternura.*

*... La ternura tiene su dominio propio, que no se confunde con el dominio de la sensualidad. Por oposición a la sensualidad, la ternura afecta orgánicamente cada forma del amor mientras que la sensualidad no se refiere más que a una clase determinada de amor. No existe separadamente, sino que es por naturaleza una consecuencia y una expresión sui generis (especial) del amor. Su rasgo característico es una nota de libre expansión, de bondad y de dulzura... Es como una "fusión" por amor, pero sin perder nada de la límpida soltura del amor [no es 'posesiva', diría Julián Marías].*

*Es conveniente observar aquí que el amor auténtico lleva siempre consigo dos elementos fundamentales, que podemos llamar, por una parte, intentio unitiva [buscar la unión], y por otra, benevolentia [darse]. Ambos quedan implicados en la actitud de respuesta a los valores que constituyen el amor auténtico... Por una parte, nuestra respuesta está hecha de una efusión de bondad... Por otra parte, nuestra respuesta contiene una intentio unitiva, o sea la aspiración a la unión con el otro, el don de nuestro corazón al otro, la sed de poseer el corazón del otro, la voluntad de pertenecerle, de no unirse más que uno con él, de participar de su ser [mi proyecto la incluye, diría Julián Marías]. Esto también es la respuesta enteramente apropiada... es en nosotros un desenvolvimiento integral del yo que ama, humilde y respetuoso, más que una verdadera respuesta.*

*Esos dos elementos compenetran necesariamente todo amor, aun cuando el uno o el otro tiendan a prevalecer en tal o cual clase de amor... En el amor maternal, es la benevolentia quien predomina, y en el amor conyugal la intentio unionis. Sin embargo, no hay acto auténtico de amor sin la presencia de esos dos elementos, en una u otra forma. El deseo pasional que no tiende más que a poseer al otro no es amor, pues le faltan, al mismo tiempo, la benevolentia y la intentio unionis. En efecto, "querer poseer" no es una verdadera tendencia a la unión... sino que lo que se busca es apropiarse al otro, hacerlo suyo. En la medida en que el deseo está unido a una real intentio unionis está unido a un amor real. Pero entonces también hay siempre predominio del elemento de benevolentia.*

*El ethos de ternura es una forma moderada de ese amor en donde predomina, en cierto sentido, el ethos de benevolentia... Los testimonios objetivos de ternura que derivan de ese ethos de ternura, las caricias y los abrazos, son por naturaleza, algo accesorio. Nunca pueden pasar a primera línea ni siquiera representar el camino clásico de comunicación de la bondad... tienen, sin embargo, una significación mucho más precisa e inmediata que cualquier beneficio, pues a los ojos de la otra persona no contienen ningún objetivo fuera del amor mismo. Cuando yo hago un regalo a alguno, o saco a alguno de la miseria, el tema principal de esta situación no es el amor mismo, como sucede cuando acaricio o estrecho a uno entre mis brazos.*

*Todos los signos objetivos de ternura no son igualmente aptos para cristalizar el ethos de ternura... El beso, que es, por decirlo así, el centro y la coronación de las manifestaciones objetivas de ternura es, ante todo, una expresión de la intentio unionis, mejor dicho, una realización de esa "intención". Pero lo es para cualquier clase de amor, no solamente para el amor conyugal. Lo es también para el amor de los padres hacia su hijo, para el amor del hijo a sus padres y del amigo a su amigo; es, incluso, el gesto supremo que expresa el mayor amor al prójimo. Cuando el amor, triunfando del horror, penetró a San Francisco de parte a parte, besó al leproso... Pero es siempre, y con una fuerza especial,*

*expresión del amor, significa una realización específica del contacto espiritual de dos personas que se incluye en todo amor, esa mirada de compenetración, esa incomparable penetración en la persona de otro que representa al amor.*<sup>22</sup>

Estamos, pues, ante algo que incluye a la otra persona sin absorberla, antes bien con una actitud ‘humilde y respetuosa’, que busca la unión dándose. Esto sí es crear ‘lazos duraderos’.

Por último, podemos citar a **Gandhi** que, hablando de su esposa la equipara con su vivencia del hinduismo:

*-No puedo describir lo que siento hacia el hinduismo si no es recurriendo a lo que siento hacia mi esposa. Ninguna otra mujer del mundo me hace sentir lo que ella. No quiero decir que no tenga defectos. Me atrevería incluso a decir que tiene muchos más que los que yo puedo percibir. Pero el sentimiento de un vínculo indisoluble está ahí. Eso mismo siento en relación con el hinduismo, pese a todos sus defectos y limitaciones...*<sup>23</sup>

Su confesión del ‘sentimiento de un vínculo indisoluble que está ahí’: el compromiso con su esposa lo percibe como ‘indisoluble’, vivencia que compara a su vivencia del hinduismo. ¿No nos remite esto al último Tema donde abordaremos la posible ‘sacralidad’ de la sexualidad humana?

Pero volvamos a **Javier Marías**. En una de esas pausas en las que se permite fantasear-reflexionar sobre situaciones de su vida, difuminando el tiempo (pasado, presente y futuro parecen mezclarse), ante su estancia en Madrid de 15 días, pensando en su encuentro con su ex-esposa Luisa:

*-...Y al cabo de media hora, tal vez de una, de dos a lo sumo, a los postres, consideraremos que ya está, y lo que será más raro, que con esa vez basta y me sobrarán trece días. Y aunque impensablemente cayéramos el uno en brazos del otro y ella me dijera lo que llevo tanto tiempo deseando oírle, “Ven, ven, estaba tan equivocada antes. Ocupa de nuevo este lugar a mi lado. No he ahuyentado tu fantasma, esta almohada es aún la tuya y no había sabido verte. Ven y abrázame. Ven conmigo. Regresa. Y quédate aquí para siempre”; aunque en vista de eso yo cerrara mi apartamento de Londres y me despidiera de Tupra y de Pérez Nuix, de Mulryan y Rendle y aun de Wheeler, e iniciara la tarea rauda de convertirlos en un largo paréntesis –pero hasta los interminables se cierran y luego puede uno saltárselos-, y regresara a Madrid entonces con ella –y no digo yo que no lo hiciera si hubiera esa oportunidad, si me la diera-, lo haría sabiendo que lo interrumpido no puede reanudarse, que aquel hueco permanece siempre, quizá agazapado pero constante, y que un antes y un después nunca se sueldan.*<sup>24</sup>

Es la añoranza de lo ‘imposible’, pero deseable (recordar la reflexión de su padre sobre la dimensión del deseo en la vida del ser humano): “Ven, ven... Y quédate aquí para siempre”. Todo esto suena al amor ‘irrenunciable’ que nos describía su padre. Veamos la conversación que él (el protagonista de su novela: cargado de celos y preocupación por los derroteros de Luisa) tiene con su padre del que pretende conseguir datos tranquilizadores acerca de su ‘ex’. He aquí la respuesta del padre y el diálogo que se sigue:

<sup>22</sup> **Dietrich von Hildebrand, Pureza y virginidad**, Ed. Desclée de Brouwer, 6ª ed. 1966, pp 116-119

<sup>23</sup> **Gandhi, Mi religión**, Sal Terrae, 2007, p 259

<sup>24</sup> **Javier Marías, Tu rostro mañana, III Veneno y sombra y adiós**, Santillana Ediciones Generales S.L., Punto de Lectura, S.L. Febrero 2007. Madrid, pp 272-273

-[Su padre]... *Ella te tuvo evidentemente por eso, por lo definitivo, durante muchos años, y darse cuenta de que no lo eras no la ha llevado a pensar que eso no existe, sino que os habíais equivocado y que ella había perdido un precioso y larguísimo tiempo. Tanto que ahora debe apresurarse a encontrar eso definitivo, a lo que no ha renunciado de momento, aún no le ha dado tiempo a corregir sus expectativas, o sus ilusiones, todavía debe de estar en el absoluto desconcierto. [...] Es algo un poco pueril, seguramente. Como si siempre hubiera tenido un modelo en la cabeza y el enorme revés contigo no la hubiera hecho abandonarlo, no todavía, y pensara: 'Si no era quien yo creía, habrá de ser otro. Y dónde está entonces, he de dar con él, tengo que verlo'. Eso es lo más que puedo decirte. No está necesitada de halagos, ni por supuesto de conquistas efímeras para reafirmarse. Cada vez que salga con alguien, si lo hace, será mirándolo como al definitivo, como a un futuro marido, y pondrá todo su empeño en que no se tuerza, lo tratará con infinitas buena voluntad y paciencia, queriendo quererlo, deseándolo a ultranza. –Hizo una pausa y alzó la vista hacia el techo, como para mejor imaginársela al lado de un imbécil permanente, ejerciendo con él esa paciencia. Después añadió con pesar-: Mal asunto para ella. Yo diría que eso espanta a los hombres, o sólo atrae a los pusilánimes. A ti, desde luego, te espantaría, Jacobo. No eres de los que se casan. Aunque hayas estado casado bastantes años y ahora lo echas de menos. En realidad sólo la echas de menos a ella, no el matrimonio. Siempre me sorprendió que te prestaras. También me ha sorprendido que no se te acabará antes, jamás creí que algo así fuera a durarte.*

[...]

- ¿Tú crees que por esa prisa podría quedarse con un hombre que no le conviniera, con alguien nefasto?

- No, no tanto como eso –me respondió-. Luisa es inteligente, y cuando tenga que decepcionarse lo hará, aunque sea de mal grado y se resista y le cueste... Quizá con alguien mediano o que la satisfaga parcialmente tan sólo, o incluso que tenga algún elemento que le desagrade, eso puede. Lo que sí me parece es que a ese posible marido, sea como sea, a ese proyecto, a aquel en quien fije la vista, le dará incontables oportunidades, pondrá mucho de su parte, intentará ser comprensiva al máximo, como sin duda lo intentó contigo hasta que superaste el límite, supongo, nunca os he preguntado qué os pasó exactamente... A ese hombre no le entregará cheques en blanco, pero antes de despedirlo gastará casi entero el talonario, poco a poco. Que yo sepa, sin embargo, todavía no existe esa persona, o aún no ha adquirido la suficiente importancia como para que me hable a mí de ella, o me consulte. Ten en cuenta que yo soy para Luisa ahora lo más aproximado a un padre, y que conserva ese espíritu infantil que la hace tan grata y la lleva a solicitar consejo de sus mayores. Bueno, lo conserva en algunos aspectos. En otros no, desde luego. ¿Cuándo has dicho que te vuelves a Oxford?

Lo vi cansado. [...] Quizá tuviera razón en sus estimaciones, y si Luisa estaba saliendo con alguien a quien se le había ido la mano en un mal momento, un muy mal día, podía darse que estuviera intentando disculparlo y corregirlo y comprenderlo en vez de apartarse o salir corriendo, [...] La capacidad de aguante de muchas mujeres es casi infinita, sobre todo cuando se sienten salvadoras o sanadoras o redentoras, cuando creen que ellas podrán sacar del marasmo o la enfermedad o el vicio a un hombre al que quieren, o al que han decidido querer a toda costa. Piensan que con ellas él será distinto, que se enmendará o mejorará o cambiará y que se le harán indispensables por tanto, a veces me ha parecido que redimir a alguien era para ellas una forma –ingenua, ilusa- de asegurarse la incondicionalidad de ese alguien: 'No puede vivir sin mí', piensan sin llegar a pensar del todo, o a formularselo. 'Sabe que sin mí volvería a ser un desastre, un incapaz, un enfermo, un deprimido, un drogadicto, un borracho, un fracasado, una mera sombra, un sentenciado, un desecho. No me dejará nunca, ni nos pondrá en peligro, no me hará putadas, no se arriesgará a que me marche. No sólo me estará agradecido siempre, sino que tendrá conciencia de que conmigo está a flote y hasta nada rápido en su avance, mientras que sin mí se hunde y muere ahogado.' Sí, esto parece pensar muchas mujeres cuando en su camino se cruza un hombre difícil o calamitoso o desahuciado o violento, un desafío, un reto, una tarea, alguien a quien enderezar o arrancar de un infierno. Y resulta



*incomprensible que tras tantos siglos de experiencias ajenas y de relatos aún no sepan que esos hombres creerán haber levantado cabeza y haberlo hecho todo ellos mismos en cuanto se sientan despejados y optimistas y sanos –en cuanto se sientan reales y ya no espectros-, y que lo más posible es que entonces las vean a ellas como a un estorbo, como a quien les impide correr libremente o seguir ascendiendo. Y también resulta incomprensible que no se den cuenta de que serán ellas las más enredadas o las anudadas y las que jamás estarán dispuestas a abandonarlos, porque habrán convertido en poco menos que su misión a esos hombres, dependientes y desnortados o irascibles y llenos de lacras, y uno nunca renuncia a una misión si la tiene o cree retenerla, si por fin la ha encontrado y la ve inacabable, la ve de por vida, la cotidiana justificación de su gratuita existencia o de sus incontables pisadas sobre la tierra y de su travesía tan lenta por el reducido mundo...*<sup>25</sup>

Creo que merece la pena destacar algunas frases del diálogo. Según su padre, el descubrimiento por parte de Luisa después de la ruptura, de que Jacobo no era ‘lo definitivo’ en su vida no le hace pensar que no existe tal posibilidad, sino simplemente constatar que se han ‘equivocado’ y debe ‘apresurarse a buscar eso definitivo’. Si sale con alguien ‘será mirándolo como al definitivo’. Ahora bien, esta pretensión de Luisa, confiesa el padre de Jacobo, que la sitúa en desventaja: ‘Mal asunto para ella’, porque ‘eso espanta a los hombres’, para terminar diciendo a su hijo: ‘Jacobo. No eres de los que se casan. Aunque hayas estado casado bastantes años y ahora lo echas de menos. En realidad sólo echas de menos a ella, no el matrimonio’.

Conviene resaltar la diferencia entre Luisa (mujer), convencida de ‘lo definitivo’ a pesar del fracaso, y la incapacidad de Jacobo, que participando del ‘espanto’ que produce en los hombres esta pretensión definitiva, en su caso se trata de una incapacidad, ‘aunque lo echas de menos’, porque lo que echa de menos es a Luisa, no la dimensión definitiva del compromiso con ella (‘matrimonio’).

Pero la conversación prosigue y ante la pregunta del hijo de si, en esta búsqueda apresurada por la ‘pérdida de tiempo’, Luisa no podría caer en brazos de ‘alguien nefasto’ dadas las señales de violencia que muestra en su rostro, el padre sigue aportando su fatigada reflexión: en caso de creer que ha encontrado el hombre que busca, ‘no le entregará cheques en blanco’, lo cual es tranquilizador para Jacobo, ‘pero antes de despedirlo gastará casi entero el talonario, poco a poco...’, lo cual ya no lo es tanto.

Y aquí nos encontramos de nuevo con una lúcida confrontación entre la mujer y el hombre, esta vez hecha por Jacobo. En efecto, toma conciencia de ‘la capacidad de aguante de muchas mujeres, sobre todo cuando se sienten salvadoras o sanadoras o redentoras, cuando creen que ellas podrán sacar del marasmo o la enfermedad o el vicio a un hombre al que quieren, o al que han decidido querer a toda costa’. Sin embargo, este dato incuestionable, no puede ser más desconcertante, pues en caso de que esta ‘salvación’ se lleve a cabo, ‘resulta incomprensible que tras tantos siglos de experiencias ajenas y de relatos aún no sepan [las mujeres] que esos hombres creerán haber levantado cabeza y haberlo hecho todo ellos mismos en cuanto se sientan despejados y optimistas y sanos –en cuanto se sientan reales y ya no espectros-, y que lo más posible es que entonces las vean a ellas como a un estorbo, como a quien les impide correr libremente o seguir ascendiendo.’

El diagnóstico es tan cruel como exacto. De cara al tema que nos ocupa (la necesidad de

---

<sup>25</sup> **Ibidem**, pp 351-356

‘crear lazos duraderos’), la cita nos describe a la perfección una doble pretensión (por parte de la mujer y por parte del hombre) que, apuntando a lo mismo (algo definitivo, que no sea un juego fantasmal), no acaban de coincidir en el contenido y menos aún en el modo de conseguirlo: la mujer pone todo de su parte para posibilitarlo; el hombre sencillamente lo exige, pero no se implica a fondo, creyéndose siempre protagonista.

Pero esta diferente apreciación también la constata **Lipovetsky**: desde la perspectiva del hiperconsumo, tiene la misma experiencia. En *La felicidad paradójica* comenta lo siguiente a propósito de la visión de la mujer y la del hombre respecto a la sexualidad:

-... *Pero entre la valoración del polo sexual de la vida y la valoración de la eficacia hay una brecha que nada autoriza a cruzar, ya que las mujeres, en términos generales, no muestran un entusiasmo desbordante por el sexo cuantitativo u operativo. Más bien rechazan el principio, que se considera una obsesión machista que comporta más la cosificación de la persona que una respuesta satisfactoria al deseo. Hay que prestar atención al detalle: al producir indiferencia, ironía o aburrimiento, el sexo eficaz, liberado de la dimensión subjetiva y emocional, apenas encuentra eco en el universo femenino...*

*... la dimensión de la eficacia parece consustancial a la sexualidad masculina. En tal caso la novedad no estaría en la promoción del heroísmo sexual narcisista, sino en la de un nuevo ideal de virilidad, forzado a tener en cuenta la dimensión del deseo femenino. Durante mucho tiempo, la virilidad se definió “en sí”, al margen de su capacidad para satisfacer el deseo femenino. Ya no ocurre lo mismo hoy, cuando la satisfacción femenina es inexcusable. Sin duda se trata de un nuevo imperativo sexual: pero conviene que no se le identifique sin más ni más con un narcisismo operativo, impermeable al sentido del otro. En realidad, el imaginario de la excelencia técnica y el imaginario relacional avanzan de la mano: lo que triunfa no es una sexualidad monádica, sino un modelo basado en la dimensión intersubjetiva, que engloba la alteridad deseante del otro.<sup>26</sup>*

Parece que coincide con Javier Marías en el diagnóstico y su descripción (aunque descubriremos matices). El ‘*heroísmo sexual narcisista*’ no parece ser válido ya, y ha de abrirse a la ‘*dimensión intersubjetiva que engloba la alteridad deseante del otro*’. Es decir, la vivencia femenina parece crear la pauta.

Pero recordemos lo que Lipovetsky constataba: cómo en esta sociedad del hiperconsumo, ‘*lo definitivo*’, el ‘*para toda la vida*’, no se soporta. Sin embargo, con esa capacidad de maquillar la realidad con el lenguaje, se ha distinguido entre la ‘*aventura sexual*’ que podía hipócritamente llevarse simultáneamente a una ‘*fidelidad estable*’ institucional, a hablar de “*historias amorosas*”, una manera elegante de definir lo que es sin más ‘tirar la toalla’ respecto a la fidelidad (amar a la misma persona toda la vida). Estas “*historias amorosas*” son sucesivas: cargadas de entrega e intensidad cada una de ellas, pero yuxtapuestas, incomunicadas entre sí.

La honestidad de Lipovetsky siempre me sorprende, porque al mismo tiempo que describe la realidad que nos rodea sin especiales aspavientos (más aún, en algunos momentos da la impresión de que los considera como ‘logros’), luego tiene la valentía de describir el verdadero alcance de dichos logros. En efecto el “*destronamiento del mito del amor eterno... la inestabilidad y el zapeo de los corazones*” no termina siendo una respuesta tan “*eufórica*”: “*produce sensación de vacío, decepción, resentimiento, heridas íntimas*”, llevando a la “*alternancia de felicidad y tristeza, exaltación y abatimiento*”. ¿Qué tiene esto de ‘logro’?

<sup>26</sup> Gille Lipovetsky, *La felicidad paradójica*, Ed Anagrama, Barcelona 2007, pp 286-7

Pero volvamos a **Javier Marías**. La novela termina de una forma ‘lógica’ en el contexto en el que se desarrolla. Su vuelta a Madrid definitiva hace posible encuentros periódicos, no sólo con sus hijos, sino con Luisa. Ello desemboca en una realidad curiosa:

*-... Si no vivo solo sino semisolo es porque saco o visito a los niños casi a diario, y Luisa viene a mi casa algunas tardes, dejándolos con otra canguro, la severa polaca Mercedes se casó y se estableció por su cuenta, al parecer montó un negocio.*

*Eso es lo que Luisa quiere, que cada uno tenga su casa, y quizá por eso no ha llegado a decirme lo que yo deseaba oírle o leerle durante mi tiempo solitario de Londres, y aturdidor más tarde: ‘Ven, ven, estaba tan equivocada antes. Ocupa de nuevo este lugar a mi lado, aquí tienes tu almohada que ya está sin huella, no había sabido verte. Ven. Ven conmigo. Aquí no hay nadie, regresa, ya se fue mi fantasma, puedes ocupar su sitio y ahuyentar su carne. Se ha convertido en nada y su tiempo no avanza. Lo que fue ya no ha sido. Así que entonces, supongo, quédate aquí para siempre’. No, eso no me lo ha dicho ni nada que se le parezca, pero sí en cambio otras cosas, a veces desconcertantes: en los momentos mejores o más encendidos o alegres, cuando viene a verme a mi casa como debió ir a la de Custardoy durante muchos meses, me dice: ‘Prométeme que seguiremos siempre así, como estamos, que nunca más viviremos juntos’. Quizá tenga razón, quizá sea la única forma de que permanezcamos atentos: no darnos por descontentos, ni siquiera por presentes.’<sup>27</sup>*

En efecto, han llegado a una situación que muy bien podemos denominar semi-. Él, que reconoce ser el que más ha impedido lo que ahora, sigue añorándolo. Lo que ‘Luisa quiere’ no coincide con ‘lo que yo deseaba oírle’ (y vuelve a transcribir el mismo párrafo que escribió en otro momento). Y el único ‘siempre’ que alcanza de ella es: “Prométeme que seguiremos siempre así, como estamos, que nunca más viviremos juntos”. Viviéndolo como un cierto fracaso (lo que deseaba no llegó a oírlo), no tiene el desenlace de las sucesivas ‘historias amorosas’ a las que aludía Lipovetsky y que desembocaban en ‘vacío’ o ‘resentimiento’. Aquí, al menos, han alcanzado una ‘forma de que permanezcamos atentos’. El caso es que queda algo de ‘permanencia’, aunque reconociendo que no es lo que se anhelaba, ‘crear lazos duraderos’. En este caso los ‘lazos’ no pasan del estar ‘atentos’, pero se añora lo que, sin saber por qué, necesita.

Y antes de terminar la confrontación con este epígrafe quiero traer una observación de Lipovetsky en el capítulo octavo de La felicidad paradójica que titula Sociedad hedonista, sociedad antidionisiaca, donde se plantea la paradoja de que se ha abandonado la época dionisiaca de años atrás de un hedonismo sin frenos, siendo sustituida por un individualismo de precaución y protección. La preocupación por la salud, tanto física como psíquica, crea unos controles, que sin renunciar al hedonismo, ‘Narciso vence a Dioniso’. En efecto, veamos el “caos organizador” que descubre en la vivencia actual de la libido:

*-... ¿A qué se debe esta “moderación” libidinal?... hay dos factores que merecen destacarse. Se trata primero del peso del ideal relacional-afectividad y luego de la necesidad de reconocimiento subjetivo.*

*Durante mucho tiempo, las principales fuerzas que contenían las pulsiones sexuales han sido el código del honor y la moral religiosa. Esta época ha pasado. Lo que desempeña ese papel en el presente es un orden cultural que valora los lazos emocionales y sentimentales, el diálogo íntimo entre Yo y Tú, la proximidad comunicativa con el otro. La relativa tranquilidad de las costumbres sexuales hipermodernas no es un residuo de puritanismo: se nutre del ideal secular del sentimiento y la felicidad que se identifica con la “felicidad de dos”. En una sociedad que no deja de rendir culto al ideal amoroso y en la que la “vida*

<sup>27</sup> **Javier Marías, Tu rostro mañana, III Veneno y sombra y adiós**, Santillana Ediciones Generales S.L., Punto de Lectura, S.L. Febrero 2007. Madrid, pp 692-3

*de verdad” se asocia a lo que se gusta en pareja, la relación estable y exclusiva constituye todavía un objetivo ideal. Así, el premio reconocido al amor y al sentimiento, la búsqueda de una intimidad relacional, la necesidad de un sentido de intensidad en la vida y en la relación con el otro tienden, al margen de todo principio moral, a favorecer la relación estable y no la dispersión sexual ni la promiscuidad... Auténtico “caos organizador”, el código amoroso excita y al mismo tiempo pone límites a los correteos de Eros.<sup>28</sup>*

Curiosamente, lo que posibilita esta ‘moderación libidinal’ son en principio unos ‘lazos duraderos’ que pueden posibilitar algo que permanezca [porque *el amor sensual está destinado a extinguirse en la satisfacción*]. ¿No coincide esto con lo definitivo de Javier Marías? Ese ‘orden cultural que valora los lazos emocionales y sentimentales, el diálogo íntimo entre Yo y Tú’, ¿es sin más una moda inesperada o la añoranza de algo que nuestra libido busca sin saber? Por eso, el mismo Lipovetsky reconoce que es el “*ideal secular del sentimiento y la felicidad que se identifica con la felicidad de dos*”, más aún “*la relación estable y objetiva constituye todavía un objetivo ideal*”. Y esto, al margen de toda ‘moral’, “*tienden a favorecer la relación estable y no la dispersión sexual ni la promiscuidad...*”

Supuestos estos ‘lazos duraderos’ que, aun sin saberlo, todos añoran de alguna manera, vamos a ver cómo la estabilidad de una relación (matrimonio) sólo puede basarse en dichos ‘instintos coartados en su fin’. Pasemos, pues, al epígrafe siguiente:

### **[b]- Estabilidad del matrimonio gracias a los instintos coartados en su fin [42]**

Y empecemos por **San Agustín**. Curiosamente, parece ligar el ‘compromiso conyugal’ con la responsabilidad de los hijos, lo cual no es precisamente una simpleza: si alguien sufre las consecuencias de la ‘no estabilidad’ en el matrimonio son los hijos:

*–Durante aquellos mismos años, yo vivía con una mujer que no estaba unida a mí por el matrimonio llamado “legítimo”, pero que la imprudencia de un ardor inquieto me hizo encontrar. Pero era la única mujer que había conocido, y le conservaba la fidelidad del lecho; pero no dejaba de medir con mi propia experiencia todo el intervalo que separa el prudente compromiso conyugal, contraído con el objeto de transmitir la vida, uno de esos pactos de amor sensual del que también nacen hijos, pero contra los deseos de sus padres, aunque una vez nacidos nos obligan a amarlos.<sup>29</sup>*

Hay varias expresiones especialmente sugerentes: por lo pronto alude al ‘matrimonio llamado legítimo’, es decir, algo que no se reduce a la dimensión sexual-sentimental [aunque ‘conservaba la fidelidad del lecho’], hablando después que, a pesar de esta fidelidad no había captado el alcance del ‘compromiso conyugal’, relacionado con la responsabilidad de la transmisión de la vida, sin caer en la simpleza de admitir sin más los hijos nacidos meramente del ‘amor sensual’ pero ‘contra los deseos de los padres’, ‘aunque una vez nacidos nos obliga a amarlos’. Está aludiendo, pues, a una compleja realidad que no salva ni la ‘fidelidad del lecho’, ni la llamada ‘legitimidad’ del matrimonio, ni la aceptación de los hijos que nazcan, sino que está llamada a alcanzar el ‘prudente compromiso conyugal’ que no se reduce en la mera ‘transmisión de la vida’, sino en que esa vida esté encarnada en unos ‘hijos deseados de sus padres’. Pues bien, esta compleja realidad parece que sólo puede hacerla posible ‘instintos coartados en su fin’, porque los

<sup>28</sup> Gille Lipovetsky, *La felicidad paradójica*, Ed Anagrama, Barcelona 2007, pp 236-7

<sup>29</sup> San Agustín, *Confesiones*, libro 4, cap 2

‘directos’ están llamados a ‘extinguirse en la satisfacción’,

Si esta descripción surge de un santo, veamos la que nos ofrece **Cervantes**, gran conocedor del ser humano tanto en sus apuestas más idealistas como en sus ‘marrullerías’ (no he encontrado otra palabra, pero es lo que quiero expresar) más tramposas:

*–... que el amor y la afición con facilidad ciegan los ojos del entendimiento, tan necesarios para escoger estado, y el del matrimonio está muy a peligro de errarse, y es menester gran tiento y particular favor del cielo para acertarle. Quiere hacer uno un viaje largo, y si es prudente, antes de ponerse en camino busca alguna compañía segura y apacible con quien acompañarse. Pues ¿por qué no hará lo mismo el que ha de caminar toda la vida, hasta el paradero de la muerte, y más si la compañía le ha de acompañar en la cama, en la mesa y en todas partes, como es la mujer con su marido? La de la propia mujer no es mercaduría, que una vez comprada se vuelve, o se trueca o cambia, porque es accidente inseparable, que dura lo que dura la vida. Es un lazo que si una vez le echáis al cuello, se vuelve en el nudo gordiano, que si no le corta la guadaña de la muerte, no hay desatarle...<sup>30</sup>*

No se puede expresar con más realismo y menos pomposidad la seriedad de una ‘compañía’ no sólo ‘en la cama’, sino ‘en la mesa y en todas partes’, como ‘accidente inseparable’, es decir, que siendo ‘accidente’, se convierte en ‘nudo gordiano’ que sólo lo corta ‘la guadaña de la muerte’. Para que esto sea tal son necesarios ‘los ojos del entendimiento’, ‘gran tiento (lo que nosotros denominaríamos ‘discernimiento’) y particular favor del cielo’. Todos los recursos de los que el ser humano puede disponer han de ponerse en juego en esta empresa; el mero ‘amor y afición con facilidad ciegan’. ¿No se está describiendo lo ‘definitivo’ que, sin saberlo, busca todo el que no queda atrapado en el mero ‘consumo’ de una ‘satisfacción’?

En el epígrafe **[F] [c] [Tema quinto]** aportamos una cita de **Deus caritas est** de **Benedicto XVI**. En ella veamos cómo el agapé se insertaba en el eros inicial, sin que el primero (amor oblativo) pudiese independizarse del eros. Pero esto no se reduce a un fenómeno puramente psicológico, sino que está fundado en la ‘creación’:

*–...en una perspectiva fundada en la creación, el eros orienta al hombre hacia el matrimonio, un vínculo marcado por su carácter único y definitivo; así, y sólo así, se realiza su destino íntimo. A la imagen del Dios monoteísta corresponde el matrimonio monógamo. El matrimonio basado en un amor exclusivo y definitivo se convierte en el icono de la relación de Dios con su pueblo y, viceversa, el modo de amar de Dios se convierte en la medida del amor humano. Esta estrecha relación entre eros y matrimonio que presenta la Biblia no tiene prácticamente paralelo alguno en la literatura fuera de ella.<sup>31</sup>*

‘Imagen del Dios monoteísta’ e ‘icono de la relación de Dios con su pueblo’, el eros humano orienta al hombre hacia lo definitivo.

Por último volvamos a **Javier Marías**, con una descripción deslumbrante de unas “separaciones” que “no tienen sentido, por normales que se hayan hecho en el mundo desde hace ya mucho tiempo”:

*–Era extraño figurarse a Luisa al lado de alguien, ya no al mío. Más que repugnante u ofensiva, me parecía irreal la idea, como una actuación, como una farsa. Y era más irreal que dolorosa, también eso. Las separaciones de esta índole no tienen sentido, por normales que se hayan hecho en el mundo desde hace ya mucho tiempo. Uno se pasa años girando en torno a*

<sup>30</sup> **Cervantes, Don Quijote de la Mancha**, II parte, cap 19

<sup>31</sup> **Benedicto XVI, Deus caritas est**, n° 11

*una persona, contando con ella en todo instante, viéndola a diario como si fuera una prolongación natural de sí mismo, llevándola incorporada en sus andares y en sus ocupaciones, en sus divagaciones y hasta en sus sueños. Pensando en contarle la menor nimiedad que haya presenciado o que le haya ocurrido, [...] Tiene un conocimiento de sus pensamientos y preocupaciones y actividades permanentemente renovado, detallado y constante; sabe cuáles son sus horarios y sus costumbres, a quiénes ve y con qué frecuencia; y cuando al caer la tarde uno se encuentra con ella los dos nos contamos lo que nos ha pasado y lo que hemos hecho durante la jornada, en la que ninguno abandonó del todo la conciencia del otro en ningún momento, y a veces esos relatos son pormenorizados; después se acuesta uno con ella y es lo último que ve en el día, y –lo que es más extraordinario- se levanta también con ella, que sigue ahí por la mañana, al cabo de las horas privadas, como si fuera uno mismo, que jamás se marcha ni desaparece y a quien nunca perdemos de vista; y así un día tras otro a lo largo de muchos años. Y de pronto –aunque no es ‘de pronto’, pero así lo parece una vez consumado el proceso y asentado el alejamiento: de hecho es ‘muy poco a poco’ y además vimos su inicio, pero sin querer enterarnos-, uno pasa a no tener noción de lo que esa persona piensa, siente y hace cotidianamente; transcurren días y semanas enteras sin que haya apenas noticia, y ha de recurrir a tercero –a quienes solían saber mucho menos: en comparación con uno, nada- para averiguar lo más básico: qué vida lleva, a quién ve, qué la angustia de los niños, con quién sale, si tiene un dolor o se ha puesto enferma, si su ánimo es ligero o nublado, si se sigue cuidando la diabetes y da sus largos y prescritos paseos, si le han dado un disgusto o le han hecho daño, si el trabajo la agota o la agobia o le trae satisfacciones, si teme el envejecimiento, cómo ve el futuro y cómo contempla el pasado, de qué modo me mira a mí ahora; y a quién quiere. No tiene ningún sentido que se pase del todo a la casi nada, cuando nunca dejamos de recordar y en lo fundamental somos los mismos. Todo es ridículo y subjetivo hasta extremos insoportables, porque todo encierra su contrario: las mismas personas en el mismo sitio se aman y no se aguantan, lo que era afianzada costumbre se vuelve paulatinamente o de pronto –tanto da, eso es lo de menos- inaceptable e improcedente, quien inauguró una casa encuentra prohibida la entrada en ella, el tacto, el roce tan descontado que casi no era conciencia se convierte en osadía u ofensa y es como si hubiera que pedir permiso para tocarse uno mismo, lo que gustaba y hacía gracia se detesta y estomaga y se maldice y revienta, las palabras ayer ansiadas envenenarían el aire y provocarían hoy náuseas, no quieren oírse bajo ningún concepto, y las dichas un millar de veces se intenta que ya no cuenten. Borrar, suprimir, desdejarse, cancelar, y haber callado ya antes, esa es la aspiración del mundo y así nada es o nada es nada, las mismas cosas y los mismos hechos y los mismos seres son ellos y también su reverso, hoy y ayer, mañana, luego, y antiguamente. Y en medio no hay más que tiempo que se afana por deslumbrarnos, lo único que se propone y busca y así no somos de fiar las personas que por él aún transitamos, tontas e insustanciales e inacabadas todas, sin saber de qué seremos capaces ni lo que al final nos aguarda, tonto yo, yo insustancial, yo inacabado, tampoco de mí debe nadie fiarse...<sup>32</sup>*

En la descripción espléndida aparecen insinuaciones que encontrábamos en Cervantes: la compañía que uno ha decidido accidentalmente se convierte en ‘inseparable’, y será no sólo ‘en el lecho’, sino ‘en la mesa y en todas partes’. Pero, parece que ‘lo que no tiene sentido’ nos hemos acostumbrado a ello. Nos hemos convertido en personas que ‘no somos de fiar... tontas e insustanciales e inacabadas’.

Ahora bien, su aportación no apunta a ‘tirar la toalla’, sino todo lo contrario, a tomar conciencia de una realidad que somos capaces de captar: la denuncia de torpeza (‘tonto’), de ‘insustancial’, de ‘inacabado’ y, sobre todo su referencia al factor tiempo: esto no ocurre tan ‘de pronto’, sino que ‘de hecho es muy poco a poco’, y, lo que es más

<sup>32</sup> Javier Marías, *Tu rostro mañana, III Veneno y sombra y adiós*, Santillana Ediciones Generales S.L., Punto de Lectura, S.L. Febrero 2007. Madrid, pp 373-375

importante ‘*además vemos su inicio*’. Son datos que están al alcance de todos. Si lo que pretendemos en esta segunda parte es que tengamos el valor de confrontar nuestras experiencias: detalles significativos (¡y crueles!), como tener que acudir ‘a terceros’ para conocer lo que era cotidiano... ¡La incomunicación no es de la noche a la mañana!

Pero si este epígrafe nos ha planteado la necesidad de unos ‘instintos coartados en su fin’ para posibilitar el matrimonio en cuanto tal, el siguiente prescinde de cualquier institución humana, por respetable y fundada que esté en las distintas culturas, para poner como meta de la sexualidad humana una síntesis psico-sexual:

**[c]- La meta de la sexualidad humana: síntesis psico-sexual**  
[26] [37]

Y empecemos nuestra confrontación con **Javier Marías**. En el primer volumen de su novela *Tu rostro mañana (I. Fiebre y lanza)*, Peter, el anciano amigo, alude inesperadamente a su ruptura con Luisa, dejando caer sin más que ‘*me gustabais juntos*’:

*...¿Fue eso lo que te pasó con Luisa? ¿Sólo que vosotros no estirasteis, ni seguisteis juntos? – Me miró un segundo con aquella compasión suya que corregía o rebajaba pronto. No es que la perdiera ni la desestimara ni la retirara, en modo alguno, tan sólo la matizaba tras el brote primero, que era muy sincero y espontáneo. Pero nunca podía durarle en ese estadio de inocencia, o de elementalidad, habría sido tal vez su palabra, de haber sido él quien se describiera.*

*- No, no dejé, o no dejamos que eso llegara. Fue otra cosa, quizá más simple, sin duda más rápida. Menos pegajosa. Quizá más limpia.*

*-Algún día tienes que hablarme un poco más de eso. Si tú quieres, claro, y si sabes hacerlo, a veces resulta imposible explicar lo más decisivo, lo que más nos ha afectado, y guardar silencio es lo único que nos salva en lo malo, porque las explicaciones suenan casi siempre algo tontas respecto al daño que uno hace o le han hecho. No suelen estar a la altura del mal padecido o causado, y no se aguantan, ¿verdad? Yo no lo entiendo, lo vuestro, aunque entiendo que yo no entienda. Los dos me gustabais mucho. Bueno, es absurdo que lo diga en pasado: los dos me gustáis mucho. Supongo que es debido a que como matrimonio parecéis ser pasado, por el momento. Porque nunca se sabe, ¿no?, con los vínculos, da lo mismo de qué clase. Vínculos. – Se paró un instante, como sopesando esa palabra, o rememorando alguno concreto suyo-. Lo que he querido decir es que me gustabais juntos, y a uno suelen parecerle mejor las personas por separado, cada una por su cuenta, sin adherencias conyugales ni familiares. Aunque ahora que lo pienso, no sé si a Luisa la he visto sin ti, si la he visto nunca sola, ¿tú te acuerdas? Tengo idea de que sí, pero no acabo de estar seguro.*

*- Creo que no, Peter, creo que no la ha visto sin mi compañía. Sí han hablado por teléfono, desde luego. – Debí de sonar reacio a esta derivación última y para mí inesperada. Pero no se me escapó que si Wheeler y Luisa no se habían visto sin mí (tampoco tenía la certeza absoluta, me rondaba algún recuerdo inasible y vago), lo que él había venido a afirmar era que me prefería con ella que solo, como me había conocido. La inferencia no me ofendió: no me cabía duda de que ella me mejoraba, me hacía más alegre y ligero, no tan cavilador, mucho menos peligroso, mucho menos enturbiado. ‘My dear, my dear’, pensé, y lo pensé en inglés porque era la legua que estaba hablando y además hay cosas que avergüenzan menos en una que no es la propia, incluso si sólo son para el pensamiento. ‘Si se me diera el olvido’, pensé ahora ya en español. ‘Si me lo dieras tú, tu olvido’.<sup>33</sup>*

“*Me prefería con ella que solo*”. Pero él mismo tiene que reconocer que llevaba razón: “*no cabía duda de que ella me mejoraba, me hacía más alegre y ligero, no tan cavilador,*

<sup>33</sup> **Javier Marías, Tu rostro mañana, I Fiebre y Lanza.** Punto de lectura, 2007, pp 120-121

*mucho menos peligroso, mucho menos enturbiado*". ¿No está describiendo en esta constatación esa síntesis 'psico-física' a la que apunta nuestra sexualidad?

Más sugerente es, si cabe, la siguiente cita, sacada del segundo volumen de su novela (**II Baile y sueño**):

*...Así que yo no puedo quejarme, y aún menos debo: cuando Luisa me quiso a su lado me beneficié de una gracia que se me renovaba a diario, lo mismo que yo le renovaba a ella otra de valor parecido; y si una mañana no me fue más confirmada, no era cuestión de echarlo en cara ni de verlo como hostilidad voluntaria ni como malquerencia, nada de eso estaba en el ánimo, era espíritu de rendición más bien, y una gran pesadumbre. Ni tampoco de apelar a esas despreciables figuras contemporáneas con las que las entrometidas leyes amparan a los millones de aprovechados que hoy recorren y pueblan todos los senderos y campos: los derechos adquiridos, el tiempo empleado, los acariciados proyectos, la fuerza de la instalación o costumbre, el nivel de vida alcanzado, el futuro con que contábamos y el amor invertido, todo se hace mensurable. Y desde luego los hijos habidos y los contratos firmados. O los no firmados, sino sólo verbales. O los ni siquiera verbales, sino sólo implícitos, los abusivos contratos implícitos que según nuestro pusilánime mundo prepara y redacta a nuestras espaldas el mero paso del tiempo y además los rubrica por su cuenta y arbitrio, como si el tiempo pudiera ser nunca acumulativo y no empezara a contar desde cero con cada amanecer, y aun a cada instante...*<sup>34</sup>

La vivencia de gratuidad recíproca no tiene nada que ver con 'entrometidas leyes' que convierten en 'malquerencia' lo que sólo debía vivirse como 'una gran pesadumbre', y haciéndonos 'aprovechados' de 'derechos adquiridos'. Sutil denuncia de lo que proclamamos como 'logro' (¡'Estado de derecho'!) que todo lo convierte en 'mensurable' y exigible, perdiendo la sorprendente experiencia transformadora que se vivió, y que siempre se deberá agradecer: aquella 'síntesis' potenciadora que nos describía en la cita anterior como algo, no sólo vivenciado en la intimidad, sino percibido y agradecido por los amigos.<sup>35</sup>

Pero aportemos otra constatación de Jacobo en su encuentro con Luisa, en un diálogo difícil (intenta averiguar el origen de los cardenales que aparecen en su rostro), y tiene que reconocer que 'tenía debilidad por ella':

*No podía evitar que me hiciera gracia y me cayera en gracia siempre. Tenía debilidad por ella, no se me había pasado en el tiempo de Londres. No es que no lo supiera –seguramente no pasaría nunca-, pero tenerla de nuevo delante me lo confirmaba o me lo hacía patente, debía llevar cuidado de no quedarme embobado sin querer, en cualquier instante, mientras ella trajinaba y no me hacía caso. Aparte de nuestra conyugalidad, o del amor no olvidado, Luisa era para mí de esas personas cuya compañía se procura y se agradece y casi por sí sola compensa de los sinsabores, y se anticipa durante todo el día –es lo que nos lo salva- cuando uno sabe que va a encontrarla a la noche como un premio por poco esfuerzo; con las que se siente a gusto incluso en los malos momentos y se tiene la sensación de que allí donde estén, allí está la fiesta; por eso cuesta tanto renunciar a ellas a ser expulsado de su cercanía, porque uno cree estarse perdiendo algo incesantemente, o –cómo decir- vivir en los márgenes. Pensar que pudieran morir esas personas se nos hace insoportable: aunque estemos lejos de ellas y no las veamos ya nunca, sabemos que no se han terminado y que su mundo existe, el que crean con su sola emanación o aliento; que la tierra las alberga y que por tanto se conservan su espacio y su sentido del tiempo, con los que puede fantasearse a distancia: 'Ahí está esa casa',*

<sup>34</sup> Javier Marías, **Tu rostro mañana, II Baile y sueño**, Debolsillo, 2007, pp 198-199

<sup>35</sup> Quizá sea oportuno contrastar esta vivencia con la experiencia 'fantasmal' con Pérez Nuix, que transcribimos al final del Tema cuatro.



*pensamos, ‘ahí está esa atmósfera con sus pasos, ese ritmo del día, la música de las voces, el olor de las plantas que ella cuida y esa pausa de su noche; yo ya no participo, pero ahí están las risas, ahí las gracias y los donaires y los regocijados amigos de los que se despidió Cervantes cuando se iba muriendo, “deseando veros presto contentos en la otra vida”. Y saber que ahí está toda ayuda, saber que es recuerdo para nosotros pero que no lo es para todo el mundo, que para mí es ya pasado pero que aún no lo es de veras o en sentido absoluto –es tan sólo un accidente, o mala suerte, o mi falta, que yo lo perciba como pretérito a diario-, que otros entran y salen y lo disfrutan sin hacerle demasiado caso, como no se la hacíamos nosotros cuando formábamos parte de esa atmósfera y de ese ritmo, de las gracias y los donaires, de la música de esa casa y aun de las pausas de su noche quieta. Que no fue un agradable sueño ni cosa de otra vida imaginada’. Allí estaba yo ahora comprobando su permanencia, sin querer marcharme. Ante mis ojos tenía a la persona que representaba la fiesta, con su humor y su firmeza y su sonrisa frecuente, y hasta con sus tacones altos. Hasta cierto punto eso bastaba, saber que no había cesado, que aún pisaba la tierra y aún cruzaba el mundo, que no estaba ya medio a salvo en el tuerto e inseguro olvido, o ya el lado del tiempo en el que conversan los muertos.*<sup>36</sup>

¿No tiene esto que ver con esa ‘síntesis psico-sexual’ a la que alude nuestro epígrafe? Es algo ligado a la mera presencia, una presencia que invade no sólo la individualidad personal, sino su entorno. Más aún, constata, que cuando se está disfrutando, no acabamos de tomar plena conciencia: *‘lo disfrutan sin hacerle demasiado caso, como no se la hacíamos nosotros cuando formábamos parte de esa atmósfera y de ese ritmo... Que no fue un agradable sueño ni cosa de otra vida imaginada’*. Es decir, no es algo irreal, sino una “síntesis” que está ahí, al margen de nuestra valoración, y que en este sentido se toma conciencia de ella cuando se ha perdido.

Pero la cosa es más paradójica. Javier Marías constataba que la ruptura de la vivencia cotidiana es *‘poco a poco’*. Sin embargo, parece que a pesar de la ruptura quedan huellas, que otras vivencias no dejan. Y dichas huellas aparecen en la añoranza con una viveza que sólo puede provocar lo que tiene una consistencia real.

En este momento podemos recordar citas que aportamos del padre de Javier, Julián Marías, donde describía lo que es el verdadero enamoramiento, y veremos cómo una vivencia tal tiene que dejar más que huellas, ya que propiamente puede definirse como una *‘variación ontológica’*.

Quizás esté describiendo la misma experiencia **D. von Hildebrand** cuando en el capítulo **Conexión de la esfera sensual y de la esfera espiritual**, comenta lo siguiente:

*... no se puede comprender el verdadero sentido y la naturaleza propia de la esfera sensual más que partiendo de lo alto, partiendo del amor conyugal. En el momento en que conceda autonomía a la esfera sensual, no teniendo en cuenta su función suprema en el seno del amor conyugal, falseo su significación y dejo a un lado el misterio que aquí reside. Indudablemente, la esfera sensual tiene una realidad propia frente al amor, pero entre ella y el amor conyugal existe como una “armonía preestablecida”. [...] Percibir esa significación de la esfera sensual hasta llegar a comprender su posición central, su intimidad y su carácter misterioso, reconocer la cualidad propia del acto conyugal, su poder específico de unión y de fusión, es comprender al mismo tiempo la singular conexión que existe entre esa esfera y el amor conyugal; es reconocer además por qué es precisamente esa esfera la que debe entrar en tal*

<sup>36</sup> **Javier Marías, Tu rostro mañana, III Veneno y sombra y adiós**, Santillana Ediciones Generales S.L., Punto de Lectura, S.L. Febrero 2007. Madrid, pp 334-336

*unidad con el amor conyugal y no cualquier otra esfera de la vida corporal.*<sup>37</sup>

Después de todo lo visto, ¿es un disparate decir que entre ‘la esfera sensual’ y ‘el amor conyugal existe una “armonía preestablecida”?’ ¿No es verdad que una esfera sensual autónoma, ‘falsea su significado’?

Y vamos remitir a algunas observaciones de **Benedicto XVI** en *Deus caritas est* que pueden develar la raíz oculta de estas vivencias de la sexualidad en cuanto síntesis psico-sexual. Aunque en el último epígrafe **[I] [c] [Tema octavo]** abordaremos explícitamente la dimensión ‘sagrada’ de nuestra sexualidad, es interesante caer en la cuenta que las características de dicha vivencia son tan fuertes y totalizantes que siempre han suscitado dicho apelativo:

*En estas rápidas consideraciones sobre el concepto de eros en la historia y en la actualidad sobresalen claramente dos aspectos. Ante todo, que entre el amor y lo divino existe una cierta relación: el amor promete afinidad, eternidad, una realidad más grande y completamente distinta de nuestra existencia cotidiana. Pero, al mismo tiempo, se constata que el camino para lograr esta meta no consiste simplemente en dejarse dominar por el instinto. Hace falta una purificación y maduración, que incluyen también la renuncia. Esto no es rechazar el eros ni “envenenarlo”, sino sanearlo para que alcance su verdadera grandeza.*<sup>38</sup>

Una descripción tan explícitamente ‘encarnada’ del amor en el eros, difícilmente la encontramos en un documento eclesiástico. Atreverse a reconocer que la experiencia del eros en cuanto amor, ‘promete afinidad, eternidad, una realidad más grande y... distinta de nuestra existencia cotidiana’ es darle un alcance en sí que nunca se había visto, sino que la experiencia del ‘amor’ debía ser tal que rompiera por completo cualquier alusión que contaminaría ‘lo más sublime’. Sin embargo, no niega que dicha experiencia necesita ‘una purificación y maduración’<sup>39</sup> en su mismo punto de arranque, y en ese sentido ‘incluyen también la renuncia’, pero que, sin ‘envenenarlo’, ‘alcance su verdadera grandeza’, que no es negación [‘no es rechazar’], sino, simplemente que nos hemos quedado a mitad de camino.

Pero ¿a qué se debe esta dinámica que puede ‘extinguirse en la satisfacción’, pero que ‘coartada en su fin’ puede ‘crear lazos duraderos’ [**Freud**]? Sigamos la reflexión de **Benedicto XVI**:

*Esto depende ante todo de la constitución del ser humano, que está compuesto de cuerpo y alma. El hombre es realmente él mismo cuando cuerpo y alma forman una unidad íntima; el desafío del eros puede considerarse superado cuando se logra esta unificación. Si el hombre pretendiera ser sólo espíritu y quisiera rechazar la carne como si fuera una herencia meramente animal, espíritu y cuerpo perderían su dignidad. Si, por el contrario, repudia el espíritu y por tanto considera la materia, el cuerpo, como una realidad exclusiva, malogra igualmente su grandeza. El epicúreo Gassendi, bromeando, se dirigió a Descartes con el saludo: “¡Oh alma!”. Y Descartes replicó: “¡Oh carne!”. Pero ni la carne ni el espíritu aman: es el hombre, la persona, la que ama como criatura unitaria, de la cual forman parte el cuerpo y el alma. Sólo cuando ambos se funden verdaderamente en una unidad, el hombre es*

<sup>37</sup> **Dietrich von Hildebrand, Pureza y virginidad**, Ed. Desclée de Brouwer, 6ª ed. 1966, pp 24-25

<sup>38</sup> **Benedicto XVI, Deus caritas est**, n° 5

<sup>39</sup> Una palabra no tan ‘negativa’ como purificar –que de alguna manera, es eliminar lo impuro, lo contaminante-, sino ‘evolutiva’ –madurar no supone tanto negar cuanto facilitar un proceso que puede sufrir ‘fijaciones’ a mitad de camino-.

*plenamente él mismo. Únicamente de este modo el amor –el eros- puede madurar hasta su verdadera grandeza.<sup>40</sup>*

¿No plantea el epígrafe que nos ocupa que ‘la meta de la sexualidad humana’ es una ‘síntesis psico-sexual? En efecto ‘*ni la carne ni el espíritu aman: es el hombre, la persona, la que ama*’ (¡que será el epígrafe siguiente!)

Pero sigamos con este número 5 de la encíclica:

*Hoy se reprocha a veces al cristianismo del pasado haber sido adversario de la corporeidad y, de hecho, siempre se han dado tendencias de este tipo. Pero el modo de exaltar el cuerpo que hoy constatamos resulta engañoso. El eros, degradado a puro “sexo”, se convierte en mercancía, en simple “objeto” que se puede comprar y vender; más aún, el hombre mismo se transforma en mercancía. En realidad, éste no es propiamente el gran sí del hombre a su cuerpo. Por el contrario, de este modo considera al cuerpo y la sexualidad solamente como la parte material de su ser, para emplearla y explotarla de modo calculador: Una parte, además, que no aprecia como ámbito de su libertad, sino como algo que, a su manera, intenta convertir en agradable e inócua a la vez. En realidad, nos encontramos ante una degradación del cuerpo humano, que ya no está integrado en el conjunto de la libertad de nuestra existencia, ni es expresión viva de la totalidad de nuestro ser, sino que es relegado a lo puramente biológico. La aparente exaltación del cuerpo puede convertirse muy pronto en odio a la corporeidad.<sup>41</sup>*

Reconociendo que en el cristianismo ‘siempre se han dado tendencias’ en las que se ocultaba un rechazo ‘de la corporeidad’, no podemos caer en la trampa de irnos al extremo opuesto, en el que la corporeidad por sí sola puede alcanzar lo que parece insinuar. Aquí se recoge parte de lo que llevamos visto: la sexualidad como consumo **[E]**, como mera corporeidad está llamada a ‘extinguirse en la satisfacción’ **[E] [f]** [**Tema cuarto**]; pero la sexualidad como posibilidad y reto (**sublimación**) **[F]** dinamiza (con toda la intensidad y totalización que la caracteriza) para alcanzar ‘los logros más importantes de nuestros instintos’ **[F] [a]**, impidiendo la frustración (**represión**) **[F] [b]**, con tal de no ir más allá de nuestras posibilidades **[F] [c]** [**Tema quinto**] como el mismo **Benedicto XVI** advierte que si bien ‘*el momento del agapé se inserta en el eros inicial*’, también es verdad que ‘*quien quiere dar amor, debe a su vez recibirlo como don*’.

En efecto, la idea de que sólo el amor ‘oblativo’ (*el agapé*) es el ‘cristiano’, sería erróneo: *...lo típicamente cristiano sería el amor descendente, oblativo, el agapé precisamente; la cultura no cristiana, por el contrario, sobre todo la griega, se caracteriza por el amor ascendente, vehemente y posesivo, es decir, el eros. Si se llevara al extremo este antagonismo, la esencia del cristianismo quedaría desvinculada de las relaciones vitales fundamentales de la existencia humana y constituiría un mundo del todo singular, pero netamente apartado del conjunto de la vida humana.<sup>42</sup>*

Es, pues, la síntesis psico-sexual lo que puede hacer que la vivencia del amor sea realmente humana. Y es que:

*La fe cristiana [...] ha considerado siempre al hombre como en cuerpo y alma... adquiriendo ambos, precisamente así, una nueva nobleza. Ciertamente, el eros quiere remontarnos “en éxtasis” hacia lo divino, llevarnos más allá de nosotros mismos, pero precisamente por eso*

<sup>40</sup> **Benedicto XVI, Deus caritas est**, n° 5

<sup>41</sup> **Ibidem**, n° 5

<sup>42</sup> **Ibidem**, n° 7

*necesita seguir un camino de ascesis, renuncia, purificación y recuperación.*<sup>43</sup>

Es decir, no se puede desligar *agapé* de *eros*, pero éste, por mera inercia no posibilita el otro, y vuelve a salir la idea de ‘renuncia y purificación’, pero ahora, en vez decir sólo que ‘*hace falta una purificación y maduración, que incluyen también la renuncia*’, habla de ‘*recuperación*’. No puede ser más sugerente el añadido: la verdadera maduración es una verdadera recuperación. La fuerza arrolladora del *eros* (pasiva) puede dominarnos hasta tal punto que dejemos de ser nosotros mismos. Hay, pues, que recuperarse, que esa fuerza pueda decirse que es mía, algo que me expresa como persona libre.

Pero esta madurez y recuperación a las que llegamos desde inevitables renunciaciones y purificaciones, no quiere decir que el resultado consista en la aparición de lo ‘más noble’ con la consiguiente desaparición de lo que no lo es porque fuese incompatible, sino que:

*...en el fondo, el “amor” es una única realidad, si bien con diversas dimensiones; según los casos, una u otra pueden destacar más. Pero cuando las dos dimensiones se separan completamente una de otra, se produce una caricatura o, en todo caso, una forma mermada del amor...*<sup>44</sup>

El logro es la síntesis, no precisamente el predominio de una sobre otra: eso sería una ‘*caricatura*’ o algo ‘*mermado*’ (algo raquítrico, que no ha crecido). Lo cual quiere decir que el amor es una realidad “*única*”, pero con diversas dimensiones que son las que caracterizaran las distintas posibilidades de la misma realidad que, como aludíamos en otro momento, es dinámica, y en este proceso pueden destacarse sus distintas dimensiones. Pero lo que nunca es válido es que deje de ser una síntesis. “*Nunca se pueden separar*” (*eros* y *ágape*) nos decía en una cita que aportamos en dos ocasiones: “*el momento del agapé se inserta en el eros inicial; de otro modo, se desvirtúa*”, nos decía.

Ahora bien, esta síntesis está llamada a integrar la totalidad de la realidad humana, y no quedarnos con lo más inmediato, con la ‘*maravillosa chispa inicial*’:

*En el desarrollo de este encuentro se muestra también claramente que el amor no es solamente un sentimiento. Los sentimientos van y vienen. Pueden ser una maravillosa chispa inicial, pero no son la totalidad del amor. Al principio hemos hablado del proceso de purificación y maduración mediante el cual el eros llega a ser totalmente él mismo y se convierte en amor en el pleno sentido de la palabra. Es propio de la madurez del amor que abarque todas las potencialidades del hombre e incluya, por así decir, al hombre en su integridad.*<sup>45</sup>

En efecto, podríamos decir que el amor está llamado a ser la síntesis más abarcadora, la única capaz de integrar las dimensiones humanas más profundas y distantes.

Y para terminar este epígrafe podemos traer una última cita de *Deus caritas est* en la que aparece que esta síntesis apunta a lo que trataremos en el último epígrafe **[I] [c]** [**Tema octavo**]:

*–(Según esta visión de la Biblia): Dios es en absoluto la fuente originaria de cada ser; pero este principio creativo de todas las cosas –el Logos, la razón primordial– es al mismo tiempo un amante con toda la pasión de un verdadero amor. Así, el eros es sumamente ennoblecido, pero también tan purificado que se funde con el agapé.*

<sup>43</sup> **Ibidem**, nº 5

<sup>44</sup> **Ibidem**, nº 8

<sup>45</sup> **Ibidem**, nº 17

Es decir, el *eros* está llamado a culminar lo que presiente: se funde con el *ágape*, pero sin confundirse, tendríamos que añadir lo que el mismo **Benedicto XVI** formula al comienzo de este número: “El *eros* de Dios para con el hombre, como hemos dicho, es a la vez *agapé*.”<sup>46</sup> Pero ¿en Dios se da el *eros*?! Volveremos sobre ello al final de esta confrontación.

### [d]- Es el “yo” el que ama, no “el instinto sexual” [38]

Afirmación clave la de este epígrafe, entre otras cosas, porque no surge de ningún razonamiento o postura concreta, sino que constata lo que el ser humano ha plasmado en el lenguaje desde su experiencia, desnuda de toda teoría o doctrina: soy **yo** el que amo, no mi instinto sexual, cuya presencia no podré nunca negar, pero que, al parecer, nunca tiene el protagonismo aunque sí posea una energía que ‘me fuerza’ (provoca en mí una “variación ontológica”, diría Julián Marías).

Ya al final del epígrafe anterior citábamos el número 17 de *Deus caritas est*, donde se reconocía que la experiencia del amor no era algo ligado exclusivamente al sentimiento. Lo más que podíamos reconocer es que ‘los sentimientos’ son ‘una maravillosa chispa inicial’. La ‘madurez del amor’ ‘abarca todas las potencialidades del hombre’ hasta el punto de expresar el ‘hombre en su integridad’. Pero veamos las consecuencias de una vivencia de nuestra sexualidad no integrada (es decir, que no ponga en juego a toda la persona) a qué nos puede llevar.

**G. Lipovetsky**, con esa exactitud con la que sabe describir lo que tiene delante, cuando en *La felicidad paradójica* intenta mostrar cómo el ‘hiperconsumo’ de la ‘tercera fase’ lo ha invadido todo, comenta:

... *Desdicha sexual y afectiva que deriva el alineamiento del orden erótico con el económico. Así como el liberalismo económico produce una nueva pobreza, también el liberalismo sexual engendra un neopauperismo libidinal y afectivo. En este universo hipercompetitivo, sólo unos cuantos sacan provecho de la liberación de las costumbres, ya que la mayoría está condenada a la soledad, a la frustración, a avergonzarse de sí misma... Al fin y al cabo, el individualismo y el liberalismo cultural no han hecho sino aislar paulatinamente a las personas, volverlas egocéntricas, incapaces de hacer feliz a otro. Lejos de haber potenciado la felicidad de los sentidos, la revolución sexual produjo un tremendo alud de frustraciones y malestar. Liberación de los cuerpos, desamparo de los seres.*<sup>47</sup>

‘Liberación de los cuerpos, desamparo de los seres’: el ‘liberalismo sexual’ (de los cuerpos) ha provocado un ‘neopauperismo libidinal y afectivo’ (de los seres [humanos]). Una ‘persona’ confinada en el ‘individualismo’ se vuelve ‘egocéntrica’, y un yo ‘aislado’ (encerrado en sí mismo), es ‘incapaz de hacer feliz a otro’ porque sólo él tiene que ser amado, y esto sólo lleva a ‘frustraciones y malestar’. En efecto, sólo el yo (¡en cuanto persona!) ama; el ‘liberalismo sexual’ (¿un ‘instinto sexual’ sin ‘renuncia y purificación’?), ‘está llamado a extinguirse en la satisfacción’.

Veamos este trasfondo que intuimos en la cita de Lipovetsky desarrollado con profundidad por **Julián Marías**:

<sup>46</sup> **Ibidem**, nº 10

<sup>47</sup> **G. Lipovetsky, La felicidad paradójica**, Ed. Anagrama, Barcelona 2007, p 289

... El gusto, la complacencia, el atractivo, incluso el “amor”, afectan a lo que el hombre hace, el enamoramiento afecta a lo que es en esa forma radical que hemos llamado *instalación*. Lo que pasa es que mientras las demás instalaciones – sexo, edad, raza, clase, lengua- tienen un carácter genérico o colectivo, la *instalación* que es el enamoramiento tiene condición estrictamente individual y personal: instalado en mi enamoramiento de una mujer determinada, desde él me proyecto vectorialmente y vivo toda realidad.

“Nadie elige su amor”, decía Antonio Machado; más bien, somos elegidos por él, somos “llamados” a él; el amor es la forma de la vocación personal en cuanto el hombre es una persona sexuada. La vocación en general como proyecto vital tampoco se elige; se elige serle o no fiel, lo cual significa ser o no auténtico, ser o no uno mismo. Esto es exactamente lo que sucede con el enamoramiento; el que sigue aquel con el cual se encuentra, tiene la impresión de estarlo eligiendo sin opción posible, fórmula paradójica que expresa admirablemente la condición de la vocación personal. Al hacer mío eso que no he elegido, me estoy eligiendo a mí mismo, se entiende, aquel “yo” que verdaderamente soy, es decir, que tengo que ser. Y entonces es cuando se ejerce más propiamente la libertad humana, sin deliberación, con esa extraña necesidad que no obliga, porque deja la posibilidad de ser inauténtico, es decir, la libertad de no ser –se entiende, de no ser yo-. La entrega libre y necesaria al enamoramiento auténtico es la forma suprema de aceptación del destino, y eso es precisamente lo que llamamos *vocación*.<sup>48</sup>

Según Julián Marías, la ‘*instalación*’ del amor es ‘*individual y personal*’. Amamos en cuanto personas y a una persona en concreto (no es algo genérico). Es una *instalación* que me proyecta vectorialmente a ‘*toda realidad*’. En cuanto ‘*persona sexuada*’, el ser humano es llamado al amor y ‘*se elige serle o no fiel, lo cual significa ser o no auténtico, ser o no uno mismo... y eso es precisamente lo que llamamos *vocación*’.*

Importante definición de la vocación y del ejercicio supremo de la libertad humana: ‘*sin deliberación, con esa extraña necesidad que no obliga, porque deja la posibilidad de ser inauténtico*’. Es decir, la libertad humana no es el voluntarismo, la ‘*obligación*’, sino la ‘*llamada*’ que nos pone en juego como totalidad, sabiendo que sólo así ‘*soy yo*’.

¿Qué tiene que ver esto con el yo ‘*aislado*’ que nos describía Lipovetsky, ‘*individualista y egocéntrico*’, ‘*incapaz de hacer feliz a otro*’? Si ‘*ser yo mismo*’ (en cuanto ser sexuado) está relacionado con esa vocación que me ‘*instala*’ en el enamoramiento de una mujer determinada y desde ahí me abre a la realidad, no es de extrañar el resultado: ‘*lejos de haber potenciado la felicidad de los sentidos, la revolución sexual produjo un tremendo alud de frustraciones y malestar*’.

Pero veamos todo esto formulado por un fenomenólogo, **Merleau-Ponty**:

...el pudor, el deseo, el amor en general, tienen una significación metafísica, esto es, son incomprendibles si se trata al hombre como consciencia y como libertad. El hombre no muestra ordinariamente su cuerpo y, cuando lo hace, es ora con temor, ora con la intención de fascinar. Le parece que la mirada ajena que recorre su cuerpo lo hurta a sí mismo, o que, al contrario, la exposición de su cuerpo le entregará al otro sin defensa, y que luego será el otro el reducido a la esclavitud. El pudor y el impudor se dan, pues, en una dialéctica del yo y del otro, que es la del dueño y el esclavo: en cuanto tengo un cuerpo, puedo ser reducido a objeto bajo la mirada del otro y no contar ya para él como persona, o bien, al contrario, puedo pasar a ser su dueño y mirarlo a mi vez, pero este dominio es un callejón sin salida, porque, en el momento en que mi valor es reconocido por el deseo del otro, el otro no es ya la persona por la que yo deseaba ser reconocido, es un ser fascinado, sin libertad, y que, por eso, no cuenta ya para mí. Decir que tengo un cuerpo es, pues, una manera de decir que puede verseme como un objeto y que quiero que se me vea como sujeto, que el otro puede ser mi dueño o mi esclavo, de

<sup>48</sup> Julián Marías, *Antropología metafísica*, Alianza editorial, Madrid 1983, pp 168-169

*modo que el pudor y el impudor expresan la dialéctica de la pluralidad de las consciencias y poseen una significación metafísica. Lo mismo diríamos del deseo sexual: si no acaba de aceptar la presencia de un tercer testigo, si experimenta como señal de hostilidad una actitud demasiado natural o un lenguaje demasiado desenvuelto por parte del ser deseado, es porque quiere fascinar y que el tercer observador o el ser deseado, si es demasiado libre de espíritu, escapan a la fascinación. Lo que quiere poseerse no es, pues, un cuerpo, sino un cuerpo animado por una consciencia...*<sup>49</sup>

El ‘pudor’ como ‘dialéctica’ entre el yo y el otro de cara a posibilitar la relación interpersonal, no como objeto. El impudor nos reduce a cuerpo. Pero “*lo que quiere poseerse no es un cuerpo sino un cuerpo animado por una consciencia*”. ¿No están expresando todos estos interrogantes la constatación de nuestro epígrafe: que el que ama es el yo, no el instinto sexual? Exigimos que el otro nos ame como sujeto libre, no fascinado que nos convierte en esclavos (el fascinado termina por no ser dueño de sí). Y es que el cuerpo sólo puede fascinar; sin embargo, la persona puede ‘llamar’, y la respuesta a esta llamada podemos vivirla como necesitante, pero no obligados, nos decía Julián Marías. Es el yo el que está llamado a amar y ser amado, pero puede fascinar o ser fascinado a través del cuerpo, convirtiéndose en dominador o esclavo. Y en esta dialéctica es el pudor y el impudor los que deciden. ¿No aludía Lipovetsky a que el ‘*liberalismo sexual*’ ha provocado que “*la mayoría esté condenada a la soledad, a la frustración, a avergonzarse de sí misma*”?

Veamos cómo **Merleau-Ponty** formula esta dialéctica de la sexualidad:

*–Con la importancia atribuida al cuerpo, las contradicciones del amor se vinculan, pues, a un drama más general que depende de la estructura metafísica de mi cuerpo, simultáneamente objeto para el otro y sujeto para mí. La violencia del placer sexual no bastaría para explicar el lugar que ocupa la sexualidad en la vida humana y, por ejemplo, el fenómeno del erotismo, si la experiencia sexual no fuese una vivencia, dada a todos y siempre accesible, de la condición humana en sus momentos más generales de autonomía y de dependencia.*

*Pero a su vez, no se reduce la sexualidad más que a sí misma, cuando se la vincula a la ambigüedad del cuerpo. En efecto, ante el pensamiento, al ser un objeto, el cuerpo no es ambiguo; no se vuelve tal más que en la experiencia que del mismo tenemos, de forma eminente en la experiencia sexual y por el hecho de la sexualidad.*

*Tratar a la sexualidad como una dialéctica, no es reducirla a un proceso de conocimiento ni reducir la historia de un hombre a la de su consciencia. La dialéctica no es una relación de pensamientos contradictorios e inseparables: es la tensión de una existencia hacia otra existencia que la niega y que, sin embargo, no se sostiene sin ella. La metafísica –la emergencia de un más allá de la naturaleza– no se localiza a nivel del conocimiento: empieza con la apertura a un “otro”, está en todas partes y ya en el desarrollo propio de la sexualidad.*<sup>50</sup>

La ambigüedad del cuerpo la descubrimos cuando lo vivimos en cuanto personas (con una consciencia y libres). Por eso nos decía en la cita anterior que en cuanto fascinamos o somos fascinados no podemos sentirnos sujetos, sino objeto dominado, esclavizado.

Pero veamos esto mismo expresado por otro fenomenólogo (esta vez creyente), **D. von Hildebrand**. Intentando describir cómo podemos experimentar nuestra esfera sexual

<sup>49</sup> Merleau-Ponty, **Fenomenología de la percepción**, pp 183-184

<sup>50</sup> **Ibidem**, p 184

comenta:

*Íntima, central, misteriosa, tierna y expresando una entrega única y una expansión que suprime toda crispación, ofrece además un atractivo específicamente encantador y embriagador. Dos rasgos que no aparecen necesariamente juntos, no estando unidos como tales, por ningún lazo intrínseco. Por el contrario, hasta cierto punto, se oponen el uno al otro. La esfera sensual no tiene un sello de ternura, de misterio, de inefable unión y de dulce intimidad si no es actualizándose como expresión del más profundo amor conyugal. Si está aislada, o se la busca por ella misma, entonces todo se trastorna. Lo profundo, lo serio, lo misterioso desaparecen para dar lugar a un hechizo que no puede ya más que atraer, excitar y cegar. Cuando esa esfera interviene de una manera ilegítima, como tentación, lo que de ella brota es siempre el canto de sirena del deleite, de una dulzura emponzoñada y nunca lo que hay de solemne y bienaventurado en la entrega última, conmovedora, casta, íntima y llena de misterio. El elemento extraordinario propio de esta esfera puede, pues, presentarse de dos modos diametralmente opuestos: de un modo respetable, misterioso, noble, casto, sin violencia, y de otro como una embriaguez ilegítima y turbadora.*

*...Lo que, en un caso, es misterioso, en el otro es inquietante. Lo que en uno es libre desenvolvimiento, en el otro es crispación. La esfera sensual presenta el primer carácter solamente cuando se ejerce como pura expresión del amor conyugal [lo que Julián Marías definía como enamoramiento verdadero]. La intimidad, la ternura misteriosa, la unión suprema que la caracterizan por la intención divina, no pueden revelarse más que al que ve su estrecha unión con el amor conyugal y que además la experimenta como particularmente sancionada por Dios [ya advertimos que está hablando un creyente y en cuanto tal].*

[...]

*El contraste es aún más marcado entre la esfera sensual considerada como misterio del amor y como sujeto del deleite en su paroxismo demoníaco. El encanto envenenado de la concupiscencia no actúa más que sobre la esfera sensual hecha autónoma. Constituye precisamente la antítesis de lo que es la felicidad y atractivo de esta esfera, cuando se la toma como medio de unión más profundo con “el otro”. Desde el momento en que se hace sentir a uno [de forma aislada], éste se torna sordo ante el amor, su corazón se enfría y lleva en sí una incompatibilidad esencial con el amor.*

*Es evidente que la esfera sensual no revela su naturaleza auténtica más que en la irradiación de las cualidades de intimidad, misterio, seriedad y principio unificador. En otras palabras, cuando tienen el sentido de realización del amor conyugal, con la conciencia de la aprobación de Dios.<sup>51</sup>*

Ya advertí, antes de aportar la cita, que era el testimonio de un creyente, pero la contraposición que hace entre la vivencia de la propia sexualidad enmarcada en el ‘amor conyugal’ [el “verdadero enamoramiento” en Julián Marías], y aislada [cuando se busca por ella misma], no puede ser más expresiva: de vivirse como algo *misterioso* a vivirlo como algo *inquietante*. Y es que “*el encanto envenenado de la concupiscencia no actúa más que sobre la esfera sensual hecha autónoma. Constituye precisamente la antítesis de lo que es la felicidad y atractivo de esta esfera, cuando se la toma como medio de unión más profundo con “el otro”. Es decir, es la apertura ‘al otro’ lo que libera de ese aislamiento que asfixia, inquieta y frustra. De no vivirse desde esa seriedad [el verdadero enamoramiento de Julián Marías], puede convertirse en una experiencia de verdadero ‘engullimiento’ que me convierte en puro ‘objeto’ y que me esclaviza [Merleau-Ponty].*

Una vez visto el alcance que tiene nuestro instinto sexual si logra su culminación, que pueda en verdad decir que es el yo el que ama, y no mi instinto (que sería cuando se autonomiza o aísla), podemos pasar al **Tema** siguiente, la **cultura**, como logro de una sexualidad ‘plástica’, capaz de emplear toda su potencialidad en fines y contenidos

<sup>51</sup> Dietrich von Hildebrand, *Pureza y virginidad*, Ed. Desclée de Brouwer, 6ª ed. 1966, pp 34-37



totalmente ajenos a cualquier tipo de expresión genital.

### C. Interpelaciones personales

Dada la variedad de 'estado' de las personas que componemos este grupo (casados, solteros, religiosos), parece que esta confrontación sólo sería válida para los casados. Yo, sin embargo, estoy convencido que en estos niveles de síntesis psico-sexual en los que nos movemos en este **Tema**, lo mismo da que el discurso proceda de un matrimonio como de una persona 'consagrada': si sus experiencias no ayudan es que no se está hablando desde la supuesta síntesis. A nivel personal tengo que confesar que quien mejor me formuló mi vivencia 'consagrada' fue precisamente una persona casada (creyente, como es natural) (**von Hildebrand**)

La razón es obvia: si el que ama es el yo (no el instinto), pero este yo está 'instalado' en su sexualidad, es la síntesis la que decide, no una sexualidad 'autónoma' que convertiría en 'objeto' al otro. ¡Todos **agradecemos** un matrimonio realizado, en el que no concebimos al uno sin el otro! Y digo 'agradecemos', porque es un don encontrarse con una plenitud de este tipo que no genera envidia y el que no ha alcanzado esa síntesis no se siente recriminado sino, al revés, animado y alentado, como quien está ante una realidad atrayente. Lo que atrae, ni echa en cara ni acompleja ni frustra, sino anima, sin sentirse por otro lado coaccionado.

Creo que puede hacernos caer en la cuenta lo que estamos queriendo decir con la descripción que **Javier Marías** hace del matrimonio Miguel Deverne y Luisa Alday, con el que tan sólo coincide en el desayuno:

*Desde el primer día me saltó a la vista que eran matrimonio, él cerca de cincuenta años y ella de unos cuantos menos, no habría alcanzado aún los cuarenta. Lo que más agradaba de ellos era ver lo bien que lo pasaban juntos... hablaban sin parar y se divertían y estimulaban, como si acabaran de encontrarse o incluso de conocerse, y no como si hubieran salido juntos de casa, y hubieran dejado a los niños en el colegio..., y se hubieran despertado en la misma cama, y lo primero que cada uno hubiera visto hubiera sido la figura del cónyuge, y así un día tras otro desde hacía bastantes años... pues los hijos... debían tener unos ocho la niña y unos cuatro el niño, que se parecía enormemente al padre.*

*Éste... Sabía reír, lo hacía con fuerza pero con sinceridad y simpatía, nunca como si adulara ni en actitud aquiescente sino como si respondiera siempre a cosas que le hacían verdadera gracia y fueran muchas las que se la hicieran, un hombre generoso, dispuesto a percibir lo cómico de las situaciones y a aplaudir las bromas, por lo menos las verbales. Quizá era su mujer quien se la hacía, en conjunto, hay personas que nos hacen reír aunque no se lo propongan, lo logran sobre todo porque nos dan contento con su presencia y así nos basta para soltar la risa con muy poco, sólo con verlas y estar en su compañía y oírlas, aunque no estén diciendo nada del otro mundo o incluso empalmen tonterías y guasas deliberadamente, que sin embargo nos caen todas en gracia. El uno para el otro parecían ser de esas personas; y aunque se los veía casados, nunca comprendí en ellos un gesto edulcorado ni impostado, ni tan siquiera estudiado, como los de algunas parejas que llevan años conviviendo y tienen a gala exhibir lo enamoradas que siguen, como un mérito que las revaloriza o un adorno que las embellece. Era más bien como si quisieran caerse simpáticos y agradarse antes de un posible cortejo; o como si se tuvieran tanto aprecio y querencia desde antes de su matrimonio, o aun de su emparejamiento, que en cualquier circunstancia se habrían elegido espontáneamente -no por deber conyugal, ni por comodidad, ni por hábito, ni por lealtad siquiera- como compañero o acompañante, amigo, interlocutor o cómplice, en la seguridad de que, fuera lo que fuese lo que aconteciera o se diese, o lo que hubiera que contar o escuchar, siempre sería menos interesante o divertido con un tercero. Sin ella en el caso de él, sin él en el caso de ella.*

*Había camaradería, y sobre todo convencimiento.*<sup>52</sup>

Esta realidad todos la agradecemos y nos hace bien: sobre todo su naturalidad y reciprocidad gratuita y abierta. En ese sentido es una realidad comunicativa y pública, nada de un intimismo aislado y defensivo. Cada uno tiene casos reales como el que el novelista nos describe...

En una palabra, las interpelaciones personales que podemos hacernos deben ir por la vivencia de síntesis psico-sexual de nuestra capacidad de amor que viviremos con una libertad interior enorme, y los que nos rodeen, a su vez, se sentirán libres y queridos a un tiempo, no 'fascinados' ni 'fascinantes'.

---

<sup>52</sup> **Javier Marías, Los enamoramientos.** Santillana Ediciones Generales S.L. Alfaguara. Madrid 2011, pp 15-7